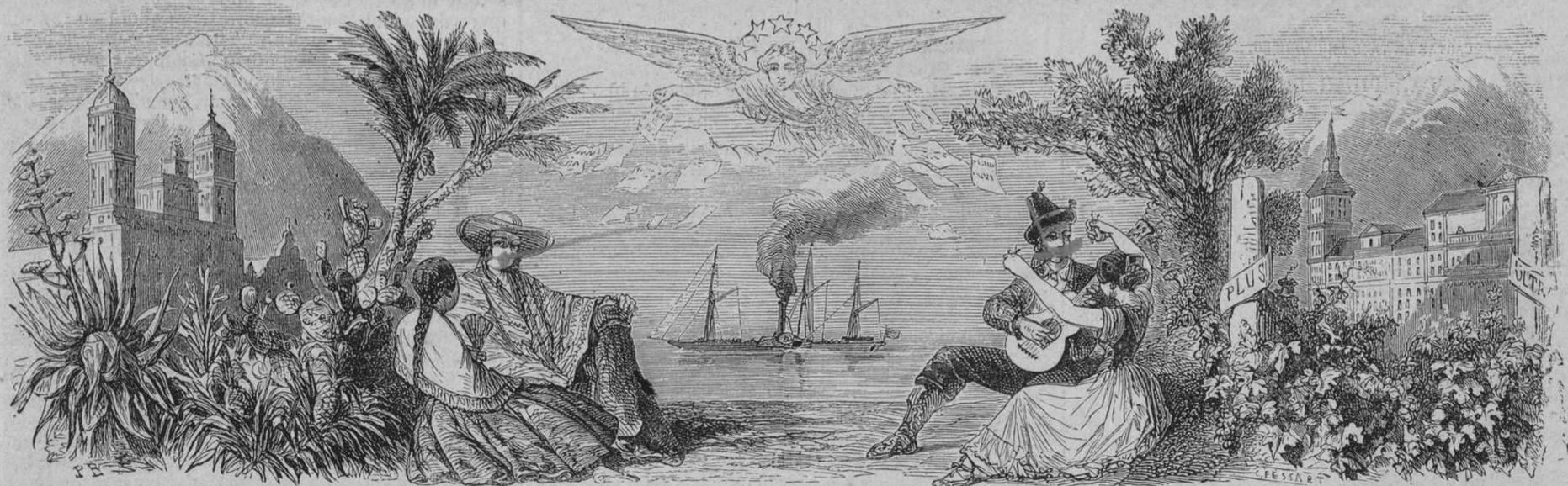


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 23. — N° 581.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

Sucesos de Alemania; grabado. — **Las mujeres de nuestro siglo.** — **Salida del príncipe Federico Carlos para el ejército de los ducados;** grabado. — **Las tropas austriacas de tránsito por Berlin;** grabado. — **Expedición á Méjico;** grabados. — **Revista de Paris.** — **El olvido.** — **Soneto.** — **El Hombre-cuestión;** grabado. — **Carreras en el Cairo;** grabado. — **El conde de Flahault de la Billarderie;** grabado. — **La cañonera Kenney botada al agua en Ningpo;** grabado. — **Paris y Londres en 1793.** — **Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile;** grabado. — **Chipre y Pafos;** grabados. — **El corredor de playa.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Platillo de un jarro italiano del siglo XVI;** grabado.

Sucesos de Alemania.

El feld-mariscal Wrangel, que manda el cuerpo de ejército austriaco-prusiano dirigido contra la Dinamarca, es, si no el decano de los oficiales generales de la Europa, al menos uno de los mas ancianos. El 13 de abril próximo cumplirá ochenta y seis años. Tomó parte en la guerra hecha á la Prusia por la república y el imperio, y era teniente coronel cuando la entrada de los aliados en Paris en 1814.

En la época de las contiendas de la Prusia con el arzobispo de Colonia, contribuyó á comprimir, á la cabeza de la 13ª division, la agitacion católica de Westfalia; mandó en jefe en 1848 las tropas prusianas enviadas contra la Dinamarca, ganó la batalla de Schleswig y penetró en el Jutland.

Llamado á Berlin en los momentos de la revolucion, apoyó la disolucion de la Asamblea nacional y proclamó el estado de sitio. No se halla pues puro de servicios en la guerra civil.

Se dice que su adhesion al rey es la causa del favor de que disfruta mas aun que su mérito personal, del que á la verdad no ha tenido que dar pruebas muy concluyentes.

Si el general en jefe es octogenario, en cambio el príncipe Federico Carlos, que manda la vanguardia prusiana, no tiene mas de treinta y cinco años; es hijo del príncipe Carlos de Prusia, hermano segundo del rey.

Sirvió en 1848 contra la Dinamarca, desplegando un gran valor y hasta una temeridad que en un jefe de cuerpo es siempre peligrosa. Fué causa cuando la campaña de Baden, en la batalla de Wa-

ghausel, de que el regimiento de húsares que mandaba llegase á ser sorprendido por un cuadro enemigo que destruyó las dos terceras partes de su fuerza. Es el Murat de la Prusia.

El príncipe Federico Carlos se ha casado hace algunos años con la hija del príncipe de Anhalt, y es autor de un folleto titulado: *el Arte de combatir á los franceses*, que hizo mucho ruido en 1859.

El príncipe real tiene tambien un mando en el ejér-

cito de ocupacion, se halla á la cabeza de la reserva compuesta de la guardia. Sabido es que el príncipe real pertenece á la opinion liberal, por cuyo motivo tiene altercados frecuentes con M. de Bismark. ¿Ha habido rompimiento por su parte con aquel partido, y ha triunfado el ministro definitivamente? Esto es lo que ignoramos.

Varios regimientos austriacos han pasado por Berlin, y el rey no ha desperdiciado la ocasion de arengarlos.

Les ha recordado 1813 y Solferino. El recuerdo no ha parecido muy feliz. La acogida que se ha hecho á estas tropas á su paso no ha sido de las mas simpáticas, sobre todo en Hanover, la Hesse Electoral y el ducado de Oldenburgo. Ha habido numerosas protestas, y emitidas en términos que indican de un modo categórico que no reina el acuerdo mas cordial entre las diferentes partes de la Confederacion. Verdad es que esto ya es sabido.

Mientras damos cuenta á nuestros lectores de los sucesos militares ocurridos, creemos de interés los siguientes datos que hallamos en una correspondencia de Copenhague:

El Schleswig, segun el censo de 1862, cuenta 378,000 habitantes, de los cuales solo 52,000 son alemanes; la superficie es de 9,000 kilómetros cuadrados, en cuyo territorio existen 13 ciudades, 14 aldeas y 260 parroquias. Flensburg, situada en un golfo del mar Baltico, es la plaza mas importante del ducado, y la poblacion asciende á 18,000 habitantes. Las demás ciudades ocupadas por las tropas dinamarquesas, son Schleswig, Frederisekstort, Frederisekstadt, Toningen, Tondern y Husum.

La linea de defensa de Dinamarca se apoya en el Eider, cuyo rio nace en un insignificante lago á 15 kilómetros de Kiel, atraviesa otros varios lagos, se dirige al Oeste por cerca de Klunvensick, baña á Rendsborg, forma el limite septentrional de los ducados y va á perderse en el mar del Norte. El Eider es navegable hasta Rendsborg, por lo cual las cañoneras dinamarquesas podran prestar grandes servicios cuando concluya el deshielo.

Todos los medios de-defensa han sido reconcentrados en el Schleswig, desde que el ejército federal ocupó el Holstein. Aquel pais es completamente pantanoso, y le atraviesa una fortificacion continua llamada el Danevirke, labrada en 1340 y reconstruida hace pocos años. No hay para qué explicar la facilidad que proporciona aquella fortificacion para la defensa del ducado.

Segun el censo á que nos referimos, la poblacion de todo el reino, comprendiendo en él las islas Feroe, es de 2,235,000 habitantes; su superficie llega á 57,000 kilómetros cuadrados. El Holstein cuenta 397,000 habitantes, de suer-



El feld-mariscal Wrangel.

te que los dos ducados, objeto de la contienda, reúnen 775.000 almas. La pérdida de su posesión sería por lo tanto desastrosa en todos conceptos para Dinamarca.

P. P.

Las mujeres de nuestro siglo.

CARTAS DE TRES AMIGAS RECOPIADAS

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Una casualidad que mil veces he llamado dichosa, hizo llegar á mis manos parte de las cartas que hoy doy al público con el mejor orden posible.

Hallábame una noche del último verano sola en mi cuarto y entregada á uno de esos períodos de amargo desaliento, de los que el alma mas valerosa y mejor templada no puede libertarse: acababa de llegar de un viaje y echaba de menos los objetos que habia dejado, sin que pudieran consolarme de su pérdida los que volvía á encontrar.

La noche estaba tormentosa, y las tempestades del cielo alejan las ideas de felicidad y traen pensamientos tristes. Las flores que habia en mi aposento exhalaban perfumes penetrantes que condensaban la atmósfera, y de vez en cuando me estremecía con sacudimientos nerviosos.

Abrióse la puerta y me entregaron un abultado paquete cerrado y sellado, que yo dejé sobre la mesa, falta de ánimo para abrirlo: pero despues, agobiada por mi propia ociosidad, descanso insufrible para las naturalezas activas, tomé el paquete y lo abrí.

Algunas cartas salieron de él y se extendieron sobre mi falda: sobre ellas venia plegado un billete fino, rosado y escrito con una linda letra de mujer.

Decía así:

« Ya que Vd. se dedica, señora, á la noble misión de mostrar en sus libros las llagas de la humanidad y á poner junto á ellas el balsamo que ha de curarlas, me tomo la libertad de remitirle esas cartas, principio de la historia de tres mujeres, todas desgraciadas durante mucho tiempo: yo remito á Vd. una parte de la correspondencia que conservo de dos amigas mías, y ellas me han entregado cada una, una parte tambien de las cartas que yo les he escrito: si á Vd. le parecen dignas de tanto honor, puede darlas á la prensa, añadiendo algunas apreciaciones suyas, y tal vez nuestro sexo le deberá un beneficio mas: si las considera inútiles, condénelas Vd. al suplicio del fuego.

» En el primer caso, las tres estamos prontas á concluir de entregar á Vd. la historia de nuestra vida, que toca á su fin, porque somos ancianas ya: puede Vd. ir en persona, ó enviar alguna que lo sea de su confianza, á la calle de... número... cuarto...

» En el segundo caso, su silencio nos dirá que nada bueno ó digno de atención ha encontrado Vd. en las cartas que ha tenido el honor de remitirle

» UNA ADMIRADORA SUYA. »

A pesar de mi asombro al leer tan extraño billete, no quise por aquella noche dar principio á la lectura de las cartas, pues la disposición de mi ánimo no era á propósito para ello: las guardé en un cajón de mi *secretaire* y me acosté.

A la mañana siguiente, me levanté temprano: el sol se habia levantado antes que yo, dorado y alegre: cantaban los pájaros, y llegaba hasta mi ese perfume penetrante que exhala la tierra despues de una tempestad.

Mi alma se habia serenado como la naturaleza: mi cerebro estaba lleno de imagenes risueñas: á Dios gracias, no tenia motivos para ser desgraciada, y las desventuras que solo son soñadas ó producidas por la exaltación de la cabeza, duran poco y se disipan con el sueño.

Sentéme pues junto á un balcon; y con los cabellos inundados de luz y el corazón inundado de perfume, di principio á la lectura de las cartas que habia recibido en la noche anterior.

Yo no sé si fué por efecto de la disposición de mi espíritu, pero las encontré encantadoras, palpitantes de interés, llenas de vida y de naturalidad, y agradeci intímidamente á la persona que me las habia enviado el haberme proporcionado la dicha de poder formar con ellas un libro útil, sencillo y consolador: es decir, lo que debe llamarse, á mi parecer, un buen libro.

Por la tarde fui á la calle de... número... á buscar el resto de las cartas: hiciéronme entrar en una habitación modesta, y un criado anciano, vestido de negro, se presentó de nuevo despues de haberme introducido en ella, y puso en mi mano otro grueso paquete cerrado con lacre verde y un escudo de armas.

Cuando volví á mi casa le abrí y empecé su lectura: las cartas que encerraba formaban, en efecto, con las enviadas el día anterior, una historia, pero sin final, ó al menos teniéndolo incompleto; sin embargo, se advertía en ellas la misma gracia ingénua, la misma ternura, la misma naturalidad y el mismo modo exacto de razonar acerca de la vida.

Empiezo pues á darlas al público, ordenadas por mí: si alguna vez el enlace de la narración exigiese que yo hablase para la mejor comprensión del lector, no de-ja-

ré de hacerlo, por mas que mi estilo difiera algo de los tres estilos encantadores que han dictado esta extraña, bella y agradable correspondencia.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Madrid 1.º de junio de 1863.

I.

FELICIANA GARCIA A IRENE DE MONTALBAN.

Santa Cruz de Tobar y octubre de 18...

Hoy hace un mes, señorita, que salió Vd. de este pueblo, y el primer instante que he tenido desde su marcha, que no haya sido triste, muy triste, es este en que le escribo.

Verdad es que yo no he sido jamás muy alegre; pero tampoco he sido nunca tan desgraciada como ahora.

No es lo mismo estar alegre que ser dichosa; y yo, que jamás he sido risueña, ahora estoy pensativa y llorosa, lo que prueba que soy infeliz.

Salgo al campo para llevar la comida á mi padre y á mis hermanos, y me parece ver entre los árboles el lindo vestido blanco de Vd., su cinturón color de rosa y su sombrero de paja.

Despues de esto, veo sus brillantes y gruesos rizos castaños, sus grandes ojos negros, su boquita tan pequeña que me parecia una rosita *ñaña* (1) sus dienteños tan menudos como las cuentas de mi gargantilla de aljófar, sus manecitas blancas como jazmines, sus pies mas chicos que los de mi cabra, y aquella sonrisa mas dulce que la miel que mi madre nos da para merendar y que Vd. comia con mis hermanos y conmigo con tanto placer.

Y no piense Vd. que soy yo sola la que aquí la echa de menos: mi hermano Juan ha estado sin comer ocho días despues que Vd. se fué, y eso que él se alaba de que á comer migas no le gana ningun pastor de los alrededores: mi hermano Benito estaba el otro día trabajando en el campo con mi padre: yo fui á llevarles la comida, y me senté muy triste á la orilla de un arroyito que corria y cantaba como un niño alegre y pequeño.

— ¿No comes, hija? me preguntó mi padre.

— No, señor, respondí yo: ya lo hice en casa con madre.

— No hay tal, observó esta que sentada en la borrica venia detrás de mí y me habia alcanzado: ¡ni ella ni Juan han probado nada! Pascual, regañales, porque yo no sé qué hacer para que coman.

Mi madre bajó de la Pastora y se sentó arreglando la servilleta y sobre esta los platos: luego me dijo abrazándome:

— ¡Hija, come, por Dios, que me parte el alma verte así!

Yo eché á llorar, y Benito dejó su azada y dijo dando un suspiro muy fuerte:

— ¡Ay madre! ¿porqué se habrá puesto buena tan pronto la señorita Irene?

— Pues hijo, ¿hasta cuándo querias que estuviera enferma? preguntó mi padre.

— ¡Toma! respondió Benito, ¡toda la vida! ¡con eso no se hubiera vuelto á Madrid!

Ya ve Vd., señorita, que de tanto quererla, la deseamos mal.

Y no somos nosotros solos: todas las gentes del pueblo se acuerdan de Vd. y de su mamá, pero sobre todo de Vd. Ayer, domingo, estábamos á la puerta de mi casa algunas muchachas de mi edad, es decir, de diez á doce años, y me decían:

— ¡Felician, qué bonita era aquella señorita de Madrid que vivía en tu casa! ¡A mí me dió un vestido!

Esto lo decía la Pepa: la María añadió:

— ¡Y á mí un libro, y me enseñó á leer!

— ¡Y á mí un escapulario!

— ¡Y á mí una caja de dulces!

Y de esta suerte se vió que todas tenían algo que agradecer á usted.

Adios, señorita. ¿Cuándo volverá Vd. á ponerse mala y descolorida y la traerán aquí? Toda la familia me encarga para Vd. mil finezas, y hasta el perro Leon, que sigue sin novedad y tan gordo, y que meneaba la cola cuando nombramos á usted.

No deje Vd., cuando pueda, de escribirme dos letritas, y todas las muchachas de por acá tendrían envidia de su humilde servidora que la quiere mucho y verla desea

FELICIANA.

II.

IRENE DE MONTALBAN A FELICIANA GARCIA.

Madrid y octubre de 18...

¡Si vieras, mi querida amiga, con qué placer he recibido tu carta! ¡Ella me ha hecho feliz, porque veo que no me olvidáis á mí que tanto os quiero!

No, jamás olvidaré tampoco las pruebas de afecto que he debido á tus padres, yo, pobre niña enferma, y como tal, impertinente: tú eres mas niña que yo y no puedes comprenderme, porque yo tengo doce años y tú solo diez, y además aquí, en las grandes ciudades, comprendemos antes y mejor que vosotros: pues bien, yo te digo

(1) Así llaman los labradores de Aragón á esas rositas enanas tan diminutas como preciosas por su belleza y perfume.

que sé lo que os debo, y que mi buena mamá lo sabe tambien y no lo olvidaremos nunca.

Y hablando de otra cosa, Felician; ¿sabes que tienes una bonita letra? El señor cura debe estar muy satisfecho de tus adelantos y de tu constancia y aplicación.

Ahora quiero contarte cuál es aquí mi vida, porque es domingo y emplearé la mañana en escribirte largo: yo sé que te gustará saber en qué ocupo mi tiempo, porque sabiéndolo, podrás decirte: — ahora se levanta: — ahora come: — ahora sale á paseo: — ahora borda: — ahora dibuja: y así de todo lo demás, como lo hago yo que conozco tu método de vida.

Me levanto á las ocho, es decir, cuando tú ya has barrido tu casa, has dado de comer á las gallinas y sales para llevar el almuerzo á tu padre: mamá no me deja levantar antes, á pesar de que no duermo desde que amanece, como me sucedía cuando estaba en Santa Cruz: dice que me haría daño, y yo quiero obedecerla en todo.

A las diez me llevan al colegio, despues de haber almorzado y haber hecho mi tocador; pero no creas que este es tan sencillo como el que hacia cuando vivía en esa aldea, no por cierto: aquí, querida Felician, vive una para los demás y no para sí; las niñas del colegio van todas muy adornadas, llevan vestidos de seda, encajes y cintas en el cabello, y mi mamá, que como sabes, adora en mí, gasta todo lo que puede para que yo no sea menos que mis compañeras.

Me viste pues la doncella con bastante esmero, y me acompaña al colegio que está situado en uno de los sitios mas céntricos de Madrid, y por cuya razón tardamos bastante en llegar, á causa de la aglomeración de gentes: aquí hay algunos caballeros bastante tontos, y apenas podrás creerme si te digo que hay algunos, que al pasar junto á mí, dicen:

— ¡Ah! ¡Qué niña tan bonita! ó bien: — ¡Vaya unos ojos divinos! ó ya: — ¡Qué soberbia cabellera! ¿Qué será á los quince años, si ahora es tan linda esa criatura?

Todas estas cosas me avergüenzan, y me parece que á los doce años ya no debe ir una niña al colegio sola con una criada, sino con un criado que haga que la respeten algo mas: mi doncella se rie, y á ella tambien le dicen necedades igualandola conmigo, lo que me disgusta sobremanera.

Cuando llevo al colegio, estoy casi todos los días fatigada: pero á pesar de todo, me pongo en seguida á trabajar, porque sé que á mamá le cuesta muy caro y deseo recompensar sus afanes aprovechando el tiempo; mas ¡ay! ¡como vamos tan vestidas, tan ajustadas dentro del corsé, apenas podemos coser ó bordar! Además, allí se pasa el tiempo en hablar de modas, de espectáculos, de los trajes que tiene cada una de nuestras amigas; y si yo callo, se burlan de mí y me preguntan si vivo en algun desierto.

Luego que cosemos un poco, damos lección de música, de geografía, de historia y de dibujo: á la una almorzamos en el mismo colegio, y hasta en esto hay emulación y etiquetas por si á la una le llevan un ave, y á la otra solo un almuerzo modesto: yo no salgo nunca, por mi salud, de mi sopa de leche, y todos los días me acuerdo de lo bien que me la hacia tu madre, la buena y complaciente Teresa.

Despues de almorzar hay recreo: pero ¿á qué se reduce? á hacer corrillos todas las niñas y seguir hablando de modas y de cuál es la actriz mas aplaudida.

A las seis vuelvo á casa y como con mamá: luego me retiro á mi cuarto para estudiar mis lecciones, y mamá se pasa la velada con algunos amigos que vienen á hacerle compañía: á las once me llaman para tomar el té: el criado lo hace y yo ayudo á mamá á servirlo empezando por las personas de mas respeto; en seguida me despido y me voy á acostar.

Hé aquí, querida mía, mi vida, sin quitar ni poner: en otra mia te hablaré de los domingos: por hoy solo te digo que echa mucho de menos á Santa Cruz, los hermosos campos donde corria por las tardes, y sobre todo tu dulce compañía, tu amiga que te ama

IRENE.

III.

LAURA DE GIRON Y TORREFIEL A IRENE DE MONTALBAN.

Paris y octubre de 18...

¡Páreceme imposible, querida Irene, que hayas podido vivir en un lugarejo de sesenta vecinos cerca de cinco meses! ¡Y un lugar de España, y sobre todo, de Aragón, la provincia mas inculta, mas atroz, mas bárbara del mundo! Así á lo menos lo asegura mi padre, el general duque de Torrefiel, que te saluda desde esta ciudad de oro y rosa.

Hace tres meses que he llegado á ella, y bien puedo decirte que todo este tiempo ha pasado para mí como un delicioso sueño.

Aquí cada hora es un deleite: apenas me levanto, me parece que ya ha anochecido: tal es la rapidez con que el tiempo vuela cuando una es feliz.

Te voy á contar todo lo que hago, hoy que aunque poco, tengo tiempo, porque el *idem* está lluvioso.

Pero no: mejor será que te describa de qué manera ha montado el duque, mi padre, nuestra casa: luego vendrá lo demás.

Vivimos en el faubourg Saint-Honoré, barrio aristocrático por excelencia, y ocupamos un soberbio palacio dorado, magnífico, suntuoso.

En él soy la soberana.

¡Ah! ¡Qué valen las casacas de Madrid, sus calles, su sociedad, sus teatros, todo en fin, lo que contiene, comparado con este esplendor que ofusca la vista y sorprende el ánimo!

¿Has oído decir tú, por ventura, que ya no hay salones en París? ¿Que ya solo se pintan por los grandes maestros cuadros pequeños, porque van desapareciendo las habitaciones espaciosas?

Pues riete de eso cuando lo oigas: en el salón de casa pueden reunirse con la mayor comodidad cuatrocientas personas, según dice el duque, mi padre.

Dicho salón es dorado... pero ¡Dios mío! ¿por dónde empezaré? Tengo que dividir esta carta en tres partes. Debo describirte una casa: el arreglo y servidumbre de ella y mi método de vida: y esto me hará llenar seis u ocho pliegos, cuando tengo tan poco tiempo de que disponer!

En fin, haré otra cosa: te escribiré en tres veces; esto es, tres cartas, y así lo haré con más descanso y claridad.

Esta tiene solo por objeto describirte mi palacio.

Escucha con atención para que me comprendas bien, pues no estando tú acostumbrada a magnificencias, vas a aturdirte más de lo que supones.

El palacio tiene un patio inmenso, alumbrado por reverberos y rodeado por grandes macetas de piedra, que contienen arbustos olorosos.

La portería, situada a la derecha, es mejor, mucho mejor, más cómoda y espaciosa que el cuarto que tú habitas: nuestro portero exterior se da más importancia que algunos caballeros amigos antiguos de tu padre, que yo he visto en tu casa.

Al otro lado hay una sala enorme, cerrada, como la portería, con puertas de cristales, que sirve para que se esperen las personas que vienen a traer recados a nuestros criados, cartas para mi papá, ó ramilletes para mí.

Al fondo del gran patio hay una escalera anchísima y decorada con soberbias estatuas: está cubierta de una alfombra elegante, de colores vivos, casi igual a la que cubre la escalera principal del palacio de las Tullerías: la de mi casa es de mármol, su balaustrada de bronce, y está alumbrada toda ella con grandes candelabros.

Remata en un ancho vestíbulo, alfombrado también, y desde allí se pasa a las habitaciones.

Las de mi papá son ostentosas: se componen de dos salones, una sala de recibimiento, un gabinete particular, una galería de pinturas, un dormitorio y las piezas de baño y tocador, sin contar con las que ocupa su secretario, inmediatas a las suyas.

Yo tengo un salón, una sala de estudio y de labor, un dormitorio, un gabinete para recibir a mis amigas, y el gabinete de tocador, dentro del cual está el de baño.

Por mi salón se pasa a la habitación de mi aya, que es también espaciosa y linda: consta de cuatro piezas que dan al jardín.

Acabo la descripción de mi casa antes de lo que había pensado; ¿para qué te he de describir lo que hay en cada habitación? Figúrate todo lo más rico y suntuoso que te puedas imaginar, y siempre te quedarás muy atrás de lo positivo.

Pero no quiero cerrar esta, aunque me canso de escribir, sin hablarte de mi aya: es una joven de veinte y cinco años, viuda, y hermosa como una hada: a pesar de tener yo solo trece, más parecemos dos amigas que una institutriz y su educanda: se llama Cintia: ¿no es verdad que es un nombre encantador? ¡Luego es tan elegante! ¡Cada mañana pasa cuatro horas en su tocador, y eso que se levanta a las doce! Así es que está vestida justamente para la hora de comer; ¡si vieras cómo se presenta! Cuando se levanta es bonita, pero cuando ha concluido su *toilette* es una divinidad. ¡Se pinta con una maestría! Tiene pinceles para los labios, para las cejas, para las pestañas. Tiene polvos para hacer más brillante su copioso cabello rubio; y nada puedes imaginarte de más seductor que sus ojos azules rodeados de pestañas y coronados por cejas de azabache, haciendo un contraste arrebatador con sus bucles dorados y vaporosos.

Parece una estatua de nieve y rosa.

Además, es alta, esbelta, torneada, con manos de nácar y un cuello como un cisne, y se viste con un lujo deslumbrador.

Usa encajes y diamantes que mi papá le regala en recompensa de lo mucho que me quiere.

Yo, sin embargo, soy más bonita que ella: aquí hay muchas rubias, pero muy pocas que tengan mi cabello negro y sedoso.

Hay muchas con ojos azules, pero muy pocas con ojos negros como los míos.

Hay muchas con tez de nieve como la de Cintia, pero pocas morenas como yo.

Todos admiran la pequeñez de mi pié y la gracia elástica de mi talle: así lo repiten sin cesar los convidados a la mesa de mi padre, que son muchos, y no todos habían de mentir.

Amo a mi aya, porque vale menos que yo: si fuera más bonita, rogaría a mi papá que buscara otra más fea y de más edad que Cintia.

Dejo de escribir, querida Irène, porque me fatigo ya; me acosté casi de día en atención a que hubo gente a cenar — mi padre conserva las costumbres españolas en todo lo que es ostentoso — y además, ahora me acuerdo de que esta noche voy al teatro de la Grande Opera con Cintia y una amiga suya.

Adios, amada Irène; jamás te olvido, y me acuerdo de ti con tanto placer como recuerdo con fastidio el colegio donde íbamos juntas: ¿sigues aun yendo a él? Si

es así, ¡ay, pobre amiga mía! ¡Mucho te compadezco!

Eres tan buena, tan dulce, tan hermosa, tan santa, que te quisiera tener a mi lado para siempre, y de ti no tendría envidia, como la tendría de mi aya si la alabasen más que a mí.

¿Y sabes por qué?

Porque a ella le pago y a ti te tendría que estar agradecida por tu adorable compañía y tu tierna amistad.

Adios otra vez, y recibe en un beso todo el cariño de tu eternamente fiel

LAURA DE GIRON.

IV.

HABLA Y COPIA LA COMPILADORA DE ESTE LIBRO.

Después de las tres cartas que acabo de dar a conocer, encontré tres largas notas. Cada una de ellas estaba destinada a darme antecedentes de la familia de cada una de las niñas que aparecen como principales personajes de esta historia.

Copiaré pues la primera, concerniente a Feliciano García, pequeña é inocente habitadora de Santa Cruz de Tobar.

NOTA PRIMERA.

I.

Pascual García, hijo de una honrada viuda, había sido toda su vida leal y pundonoroso. Perdió a su padre cuando apenas contaba ocho años, y aun en tan tierna edad comprendió que era su deber consolar y ayudar a su buena madre.

Era de ver cómo se levantaba a la aurora y se iba a los montes situados a la espalda de su aldea con una esportilla al hombro que llenaba de leña; algunas veces acababa pronto su tarea: otras, el pobre niño trabajaba hasta la noche, sin más alimento que un pedazo de pan duro y negro que se llevaba en el bolsillo de su pantalón, remendado ya en mil partes, y que sin embargo, no podía resistir a los estragos del tiempo.

En invierno, sobre todo, sufría mucho: se levantaba de noche del duro jergón en que dormía a los pies de la cama de su madre, y cogiendo su esportilla salía a tientas de su misera habitación, haciendo el menor ruido posible para no despertarla.

Casi nunca lo conseguía sin embargo: el corazón de una madre vela siempre por sus hijos, y la viuda oía al suyo en medio de su sueño, único y breve descanso de sus pesares.

— ¿Eres tú, hijo mío? le preguntaba.

— Sí, madre, respondía Pascual: yo soy; me marcho al monte porque ya amanece.

— Espérate y comerás antes unas sopas calientes.

— No, no, madre, observaba el niño; no se levante usted, porque hace mucho frío.

— ¿Y para ti no lo hace, hijo de mi alma?

— También, madre; pero *yo soy hombre*.

La madre se sonreía al través de sus lágrimas al oír esta jactancia inocente: ¿qué madre no sonríe al oír las gracias de su hijo? Pascual continuaba:

— Madre, las sopas para Vd., que pasa todo el día hilando: yo llevo mi pan y me voy al instante, antes de que lleguen otros muchachos menos perezosos a llevarse lo que dejan los leñadores.

Y sin detenerse más, salía descalzo y casi desnudo a soportar la cruda helada de las madrugadas de diciembre ó de enero.

¡Oh, niños opulentos! ¡Niños dichosos que debéis a Dios un tranquilo bienestar! ¡Dad todos los días gracias a ese Dios Todopoderoso que os lo ha otorgado! Y creed que es muy meritorio a sus ojos el que os priveis de algunos de vuestros caprichos para socorrer al pobrecito de vuestra edad que de todo carece en el mundo.

Pascual iba en efecto a recoger las pequeñas astillas que los leñadores de los pueblos inmediatos dejaban caer: cuando acababa de llenar su esportilla, se situaba en la plaza del pueblo, muchas veces casi de noche: regularmente le compraba su *hacienda* — así la llamaba él — la hermana del señor cura, buena y caritativa anciana que iba cada día a darle algunos cuartos para que aliviase a su madre.

El pobre niño llevaba la leña a casa del señor cura, la dejaba en un rinconcito de la cocina, recibía los cuartos en su manecita helada, é iba al instante a llevarse los a su madre.

II.

Un día cayó malo el señor cura, y el pobre Pascual esperó en vano a que llegase su hermana.

Nadie más podía necesitar la leña, porque en el pueblo todos la tenían en su casa, y eran en su mayor parte pobres, excepto el señor Marcial, alcalde y el vecino mejor acomodado.

El señor Marcial tenía muchos hijos, un genio muy malo, y una mujer sorda; pero Pascual se acordó de que entre la numerosa prole del alcalde, había una niña llamada Teresa, de su edad, buena y dulce como el zumo que él chupaba de las flautillas que se hacía con las cañitas verdes y tiernas.

Y bien sabía el pobre Pascualillo a qué sabía el zumo de las cañas, porque muchos días, acabado su pedacito de pan negro, aquel había sido el entretenimiento de su hambre de niño y de trabajador.

Cogió su esportilla y fuese en aquella triste noche de diciembre a buscar a Teresita.

Pero oyó la voz del alcalde en la cocina situada en el patio, y se asustó, quedándose en la calle sin saber qué hacer y con su esportilla al hombro.

En esto oyó una dulce vocecita que cantaba con el acento del rezo humilde y fervoroso, esta coplilla tan tierna é inocente:

Virgen Santísima,
Vuestra esclava soy:
Con vuestra licencia
A dormir me voy.

¿Quién habrá compuesto estos sencillos versos que las madres cristianas enseñan a sus hijos?

Ni lo sabe quien esto escribe, ni Pascual tampoco; pero resonaron en su corazón como un canto de esperanza, y abrió los ojos hacia una angosta ventanita en la que se veía luz.

En seguida, como respondiendo a su mirada, que era una muda invocación, asomó una cabecita rubia y alumbró un rayo de luna, deslizándose por entre los árboles sin ramas, su rostro blanco é infantil.

Luego, dos pequeñas manos sacudieron una mantilla de lana de un niño.

Pascual reconoció la cabeza, y dijo a media voz:

— ¡Teresa!

— ¡Ah, Pascual! ¿Eres tú? preguntó la niña sin susto y sin admirarse: ¿me traes algún nido? Entra en la cocina, que allí está mi padre: yo bajaré tan pronto como acabe de acostar a mis hermanitos.

Pascual permaneció inmóvil: temblaba a la sola idea de ponerse delante del señor Marcial, cuya gruesa voz y aspero genio le aterraban.

Teresita observó su perplejidad, y le dijo admirada:

— ¿Qué! ¿No entras?

— No me atrevo, respondió Pascual.

— ¿Por qué?

— ¿Qué dira tu padre?

— Es verdad, dijo la niña, te puede regañar. ¡Eh! aguarda ahí un poquito, que ya bajo yo.

Pascual se acurrucó al lado de su esportilla: hacia un frío cruel y empezaban a caer pequeños copos de nieve.

Pascual pensaba en su madre, en el mortal cuidado en que estaría, y sentía brotar de sus ojos lágrimas ardientes que se enfriaban al instante sobre sus mejillas; pero en medio de su aflicción, se levantaba la imagen de Teresa como una riante esperanza.

Pronto vió desaparecer la luz de la ventanita y oyó los pasos de la niña que bajaba la escalera. Pascual se apercibió también de su entrada en la cocina, que estaba situada en el patio, y se acercó a la puerta.

La cocina que se hallaba a la izquierda, era muy espaciosa. A un lado había un inmenso fogón en el que ardían una media carga de sarmientos y dos robustos troncos: es decir, más leña que la que podía recoger Pascual en un mes de ir al monte con su esportilla.

En derredor del gran fogón y calentándose a su alegre llama, estaban el alcalde, su mujer, que como ya he dicho, era más sorda que una puerta, y hasta seis muchachos de diferentes edades.

Cuatro eran ya muy crecidos, y dos de ellos varones y los otros dos hembras.

Estas hilaban.

Aquellos contemplaban las antiguas estampas de un libro viejo titulado *Robinson Crusoe*.

La alcaldesa trabajaba en una calceta de lana.

Dos niñas menores que las que hilaban y que podían tener diez y once años, iban y venían poniendo la mesa y arreglando la cena para la familia.

Los otros dos muchachos pequeñitos, de dos a cinco años, eran los que acababa de acostar Teresa.

Sobre uno de los bancos de encina que rodeaban el fogón, se veía aun una servilleta extendida y los platos que habían empleado los pequeños para su cena.

Teresa entró llevando en la mano un veloncillo de hoja de lata limpio y reluciente, y a su luz pudo verse de cuán admirable hermosura estaba dotada aquella niña.

Un bosque de cabellos castaños y rizados guarnecían su frente: sus ojos, de un azul tan oscuro como el de la pizarra, reían con la placida alegría de la infancia bajo sus cejas de negra seda: sus redondas mejillas frescas y satinadas, eran de nácar con ligeros reilejos de rosa, como esas lamparas de nivea blancura en cuyo fondo se enciende una luz: largas pestañas negras daban una expresión grave a aquel angélico semblante, suavizada por su dulce sonrisa que dejaba ver drossartas de dientecitos de perlas.

Teresa estaba muy bien vestida: su traje, de percal nuevo, hacía resaltar su gallarda estatura.

Sus piececitos estaban abrigados con gruesos zapatos de cordobán: llevaba al cuello un pañuelo de seda y pendiente de la cintura un delantal, todo ello proporcionado a su edad, que no llegaba a los ocho años.

Apenas entró en la cocina, las dos niñas que ponían la mesa se dirigieron a ella a un mismo tiempo.

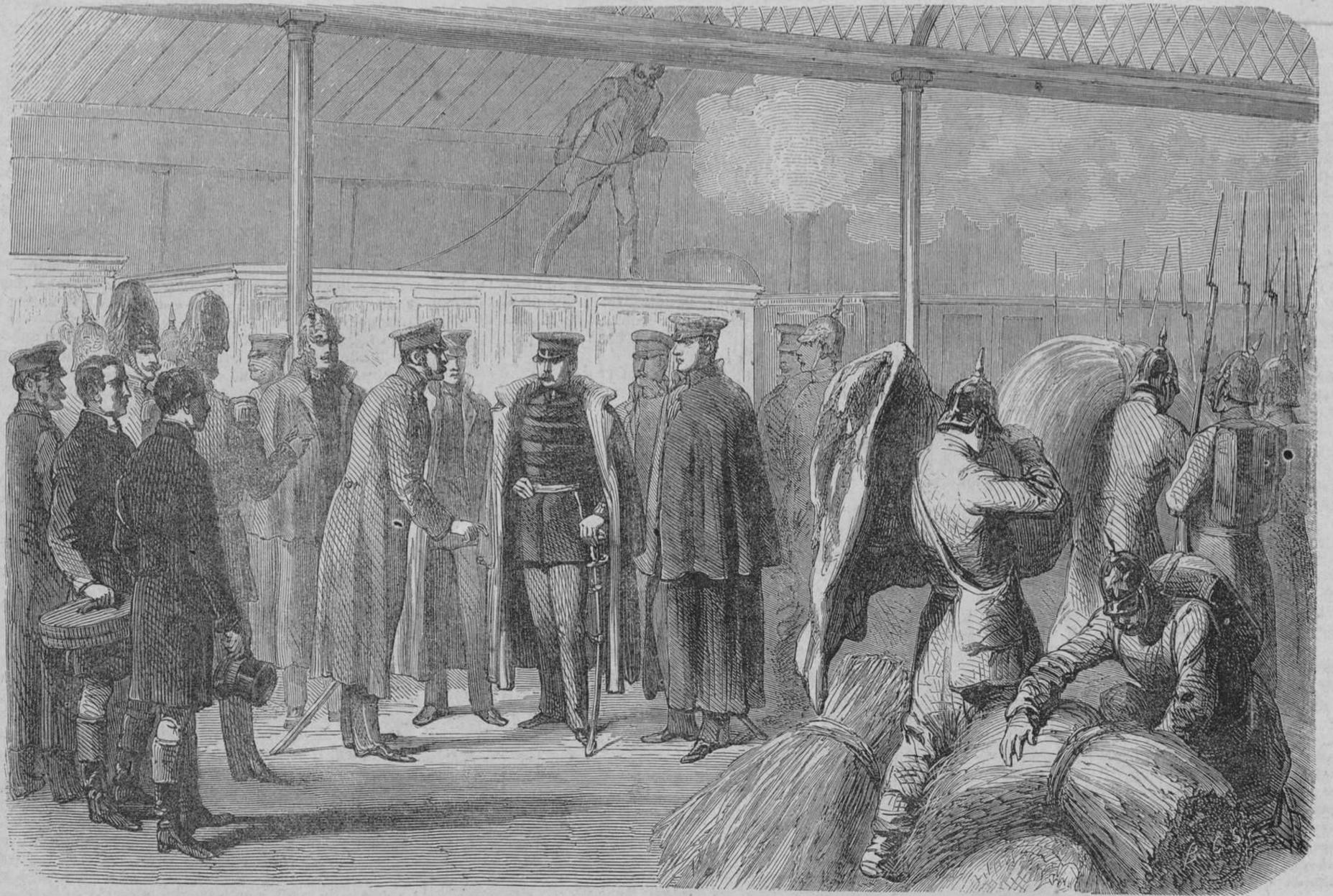
— Teresa, dijo una, traeme los vasos.

— Teresa, exclamó la otra, saca pan para cenar.

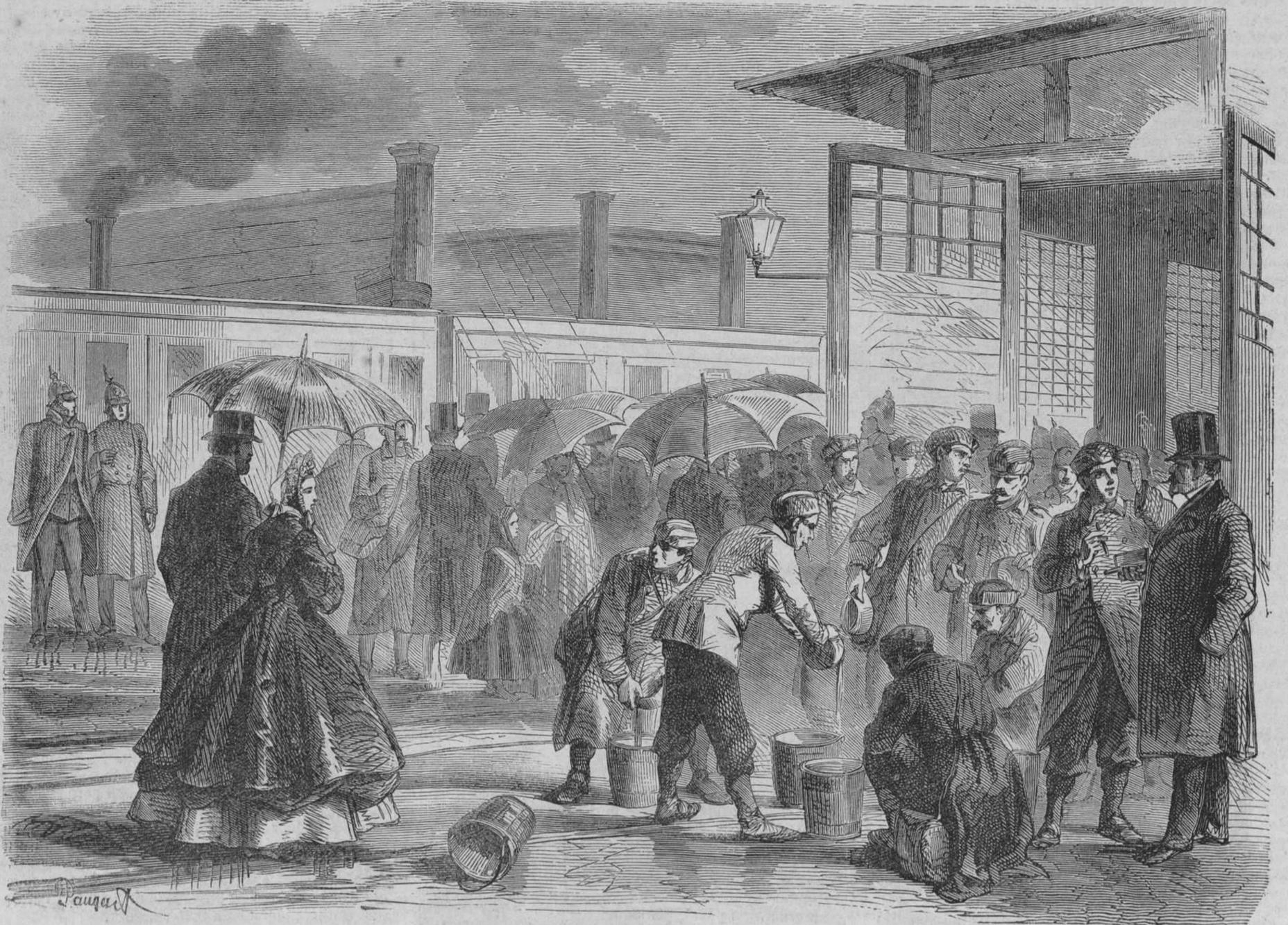
— ¡Valgame Dios! repuso la niña, ¿por qué no me habeis esperado a la puerta para mandarme algo? ¡Vaya una prisa! Aguardad, que tengo que decir a padre una cosa.

El señor Marcial volvió hacia su hija su gruesa cara al oír estas palabras: y en verdad que aquella cara podía espantar a la persona más valerosa.

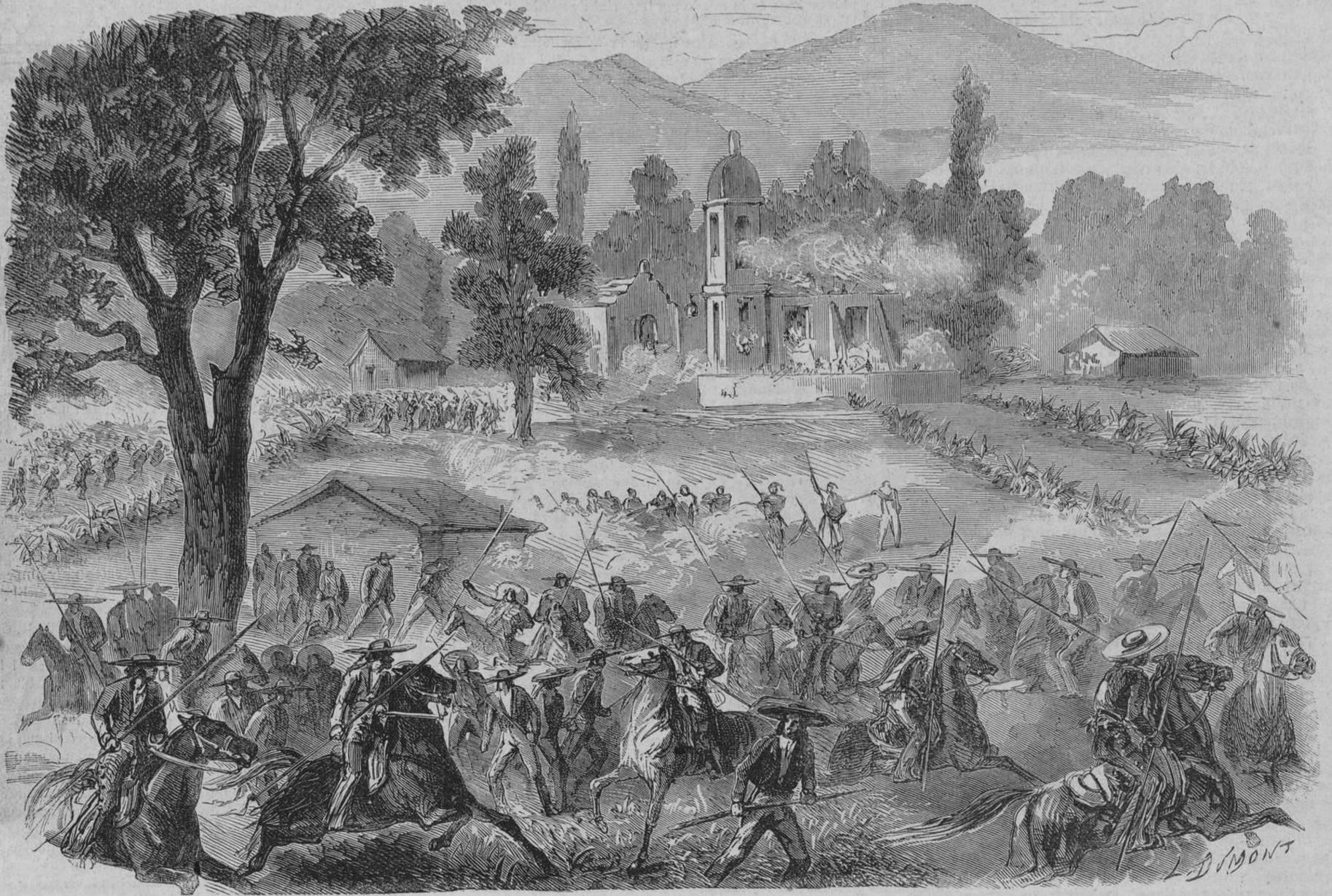
(Se continuará.)



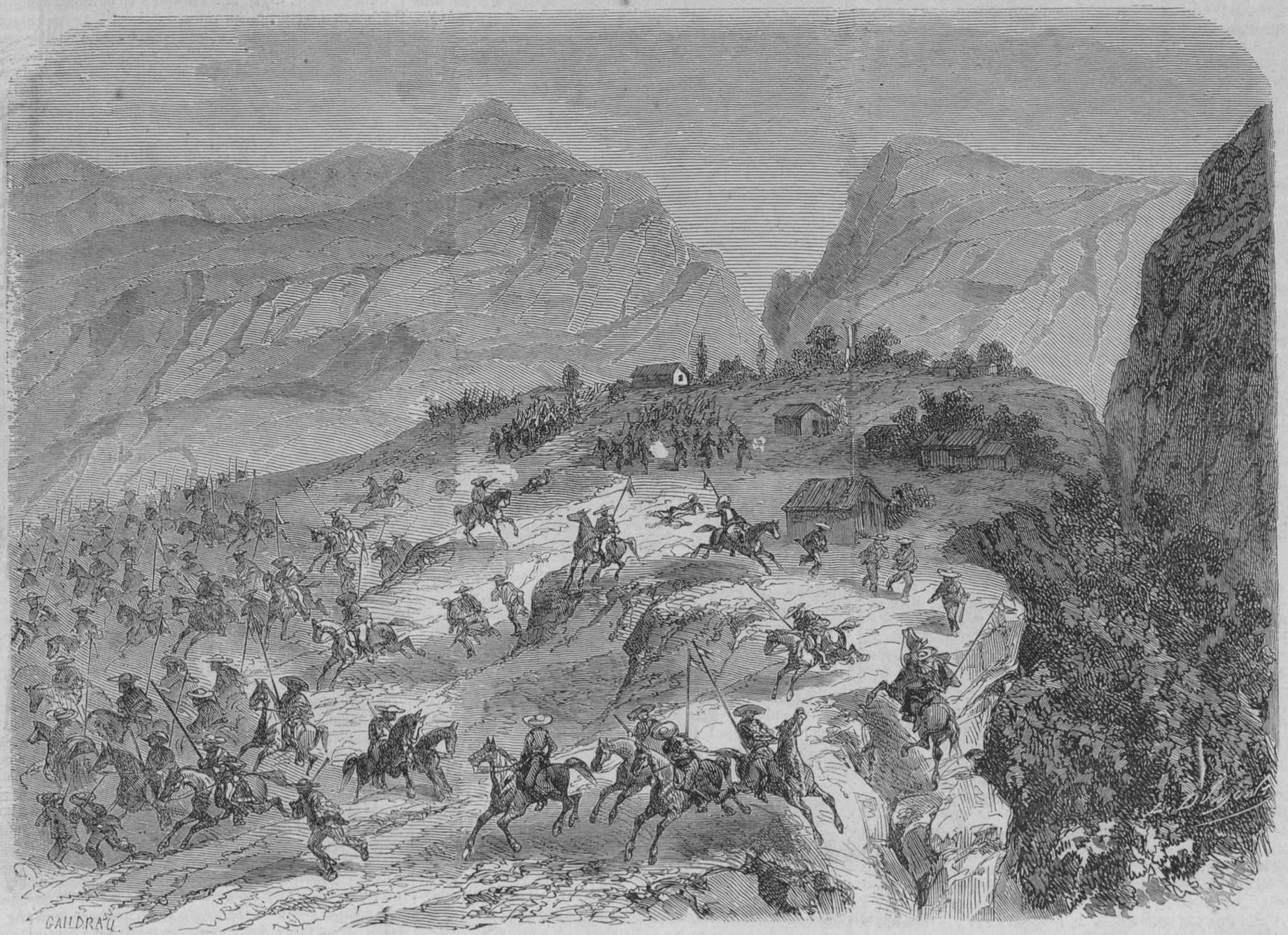
Salida del príncipe Federico Cárlos para el ejército de ocupacion de los ducados.



Las tropas austriacas de tránsito por Berlin : campamento en la estacion del ferro-carril.



GUERRA DE MEJICO. — Defensa de la iglesia de San Nicolás contra los guerrilleros.



Derrota y fuga de los guerrilleros delante de San Nicolás.

Expedición á Méjico.

El autor de los dibujos que publicamos escribe la siguiente correspondencia fechada en la capital el 8 de enero:

« Desde mi última carta la obra de la pacificación de Méjico ha dado un paso inmenso: el ejército expedicionario ocupa a esta hora las principales ciudades del imperio, donde ha sido recibido con un entusiasmo sincero. Los generales Castagny y Marquez están en Morelia, y el general Douay marcha á Guadalajara, ocupada por los aliados Tobar y Losada. Doblado ha huido en desorden de Guanajuato al acercarse las tropas francesas, y se ha dirigido hacia el Norte donde Chaves, con sus 1,200 caballos, se dispone a cortar el camino de Zacatecas; el general Bazaine se ha puesto a perseguirle: Mejía estaba el 22 de diciembre delante de San Luis, donde debía hacer su entrada el día siguiente, habiendo salido Juárez dos días antes de este punto abandonando todas sus tropas y encaminándose solo, con su familia y algunos criados, a Monterey, donde el gobernador Vidaurry, que ha aceptado la intervención, ha dado su permiso para que el ex-presidente atraviese sus Estados *solo y sin tropas*. El grueso del ejército liberal, compuesto de ocho ó diez mil hombres, bajo las órdenes de Uraga, Tapia, Iglesias, Antillon, etc., fué á atacar el 17 al general Marquez en Morelia, antes que llegara el general Castagny, y al cabo de un bombardeo de dos horas los juaristas dieron el asalto a las seis de la mañana. El general Marquez, con sus tres mil hombres, sostuvo valerosamente el choque de un enemigo tres veces superior en número, y después de un combate encarnizado en las calles y plazas de la ciudad, el enemigo se retiró en el mayor desorden, dejando sobre el terreno un crecido número de muertos y heridos, entre ellos tres generales juaristas, 1,200 prisioneros, 11 cañones y muchas armas y municiones. El general Marquez salió herido de un balazo en la mejilla. La guardia imperial de Maximiliano se portó con bizarría.

« Mientras el ejército francés ocupa el interior del país, el general Neigre no ha permanecido ocioso en su mando del departamento de Méjico, donde se disfruta ahora de una completa seguridad. Gracias á la actividad inteligente que ha sabido imprimir á la autoridad mejicana y al cuerpo del bizarro capitán Delloye, los guerrilleros se encuentran detenidos por do quiera. Martínez, Fragoso y otros han establecido su residencia en los montes de Ajusco, donde cortan los caminos de Toluca y Cuernavaca, y donde los tiene encerrados el capitán Delloye con el socorro de los indios de las cercanías que le han ofrecido voluntariamente su concurso. El 12 del corriente todas las fuerzas de Martínez y de Fragoso intentaron una salida por San Nicolas, y se presentaron en número de cuatrocientos hombres, caballería é infantería y dos piezas de montaña, á eso de las nueve de la mañana, sobre la altura en que está esa aldea, guardada á la sazón por un puesto de treinta hombres á las órdenes del sargento Algier del 81.º de línea.

« Este sargento, al distinguirlos, dividió su sección en dos partes, colocó quince hombres en el cementerio y en la iglesia, y marchó adelante con los otros quince que desplegó en tiradores ocultándoles lo mejor posible. Desde las nueve hasta la una se mantuvo firme, hasta que rodeado por una fuerza infinitamente superior que le disputaba el terreno, debió retirarse paso á paso; pero el capitán Delloye, advertido por el fuego, corrió al lugar del combate; envió al teniente Clouet á la derecha con treinta y cinco hombres, al subteniente Rouviere á la izquierda con una sección, y á la cabeza de un puñado de hombres se plantó en el centro enfrente de la iglesia. El enemigo, después de haber arrojado dos metrallazos, resistió un instante, y luego se fugó con precipitación dejando cuarenta muertos y dos prisioneros que fueron pasados por las armas. En cuanto a los heridos, se los pudieron llevar consigo. Por nuestra parte tuvimos cinco heridos, entre ellos el capitán Delloye, que recibió un balazo en el muslo, é hizo perecer al jefe de los agresores.

« Al otro día tuve el honor de acompañar al general Neigre á los lugares donde habían tenido lugar los acontecimientos, y entonces pude hacer los adjuntos dibujos. »

V. P.

Revista de Paris.

Las diversiones parisienses tienen un momento de tregua cuando llega la cuaresma, pero un momento no mas, pues apenas ha transcurrido una semana de ese período de cuarenta días en que la Iglesia predica la abstinencia y el recogimiento, cuando hé aquí que los placeres mundanos se continúan con el mismo furor que en el carnaval, si bien se encubren con distintos pretextos. El mas comun es citar para una reunion musical á personas bien decididas á pasar la noche en un largo baile después de haber oído un cortísimo concierto. Así sucede que en esta época del año, de todas las partes del mundo caen los artistas sobre Paris como sobre una buena presa. Es su temporada mas lucrativa; no hay salon donde no sean buscados con empeño. Solo en Tullerías los conciertos son una verdad durante la cuaresma, es decir, que toda la fiesta se reduce al concierto; el martes próximo tendrá lugar el primero, en el que tomarán parte los artistas de la Opera Cómica y del Teatro Lírico; los dos restantes se darán á principios de marzo, con el concurso

de los artistas de la Academia imperial de música y del Teatro Italiano.

Un artista célebre entre los mas célebres falta hace años ya durante la cuaresma en esta capital, donde le echan muy de menos sus entusiastas admiradores. Esta ilustración contemporánea muerta para el arte, arrastra una mísera existencia en las islas de Hyeres. Cada día, dice una carta de Hyeres que tenemos á la vista, sale del hotel de los Embajadores guiado por un brazo, ó mejor dicho, por unos ojos que suplen á los suyos, un hombre ciego y enfermo que da un paseo por aquellas inmediaciones.

Este hombre de fisonomía inteligente y orgullosa, este hombre que la enfermedad y los pesares han envejecido antes de tiempo; que estaría por su talento y su inspiración al nivel de las principales glorias contemporáneas, este ciego perdido entre la muchedumbre, es Carlos Beriot, uno de los violinistas mas famosos que existen en el mundo.

Beriot, grande artista también y excelente compositor, ha aumentado su gloria personal con el reflejo de la de una mujer que como la Pasta, la Sontag y la Grisi, ha dejado en las cimas del arte un puesto que estará vacío eternamente.

Era la Malibran, aquella reina del canto que ha inmortalizado á la familia de Manuel García; familia cuyo último representante en el mundo artístico es hoy la Viardot.

Los grandes artistas se dan á conocer muy jóvenes.

Carlos Beriot, nacido en 1802 en Lovaina, dejó su país á los diez y nueve años, y entró á estudiar bajo la dirección de Bailot, una de las glorias clásicas del violín.

Pero Beriot no estaba hecho para seguir el camino trillado, aunque este conduzca á crear talentos puros y completos como el de Alard.

Muy luego echó á volar por sus propias alas y con tanto brio, que pudo figurar en un concierto al lado de un artista que está considerado como la encarnación de lo imposible en el violín, Paganini.

Después de esta hazaña coronada con un triunfo ruidoso, Beriot se volvió á Holanda y recibió del rey una pensión de dos mil florines, que perdió cuando la creación de la Bélgica.

Nada diremos acerca de su enlace con la Malibran, que en tan breve tiempo se cubrió de luto con la muerte de la ilustre cantante, durante una temporada teatral en Londres; pero sí apuntaremos que fué aquel uno de esos golpes terribles cuyo influjo se hace sentir eternamente.

Beriot volvió á Bélgica, se estableció en Bruselas, donde en su calidad de profesor del Conservatorio tuvo el honor de abrir á Vieuxtemps el camino de la gloria y de la fortuna.

Y ahora hé ahí silencioso por una dolorosa fatalidad á ese artista que ha conmovido tanto á su auditorio. Las aclamaciones, las coronas, las serenatas y los grandes regalos, todo está hoy en la corriente del pasado, si no en el olvido, pues un eco melodioso como el que despierta el violín de Beriot, no se apaga nunca para la posteridad.

Esta semana se ha anunciado la muerte repentina de un nieto de Barilli, otro de esos artistas cuyo nombre vive aun en todas las memorias. Barilli era un primo buffo caricato que hacia las delicias de los contemporáneos de Napoleon I, y se cuenta de él una anécdota tan chistosa como poco conocida, que un periódico de Paris ha dado á luz estos días.

Barilli había obtenido de Napoleon una licencia de dos ó tres meses para ir á Italia, donde tenia que arreglar algunos asuntos. Concluidos sus quehaceres regresaba el bufo á Paris con un tiempo bastante frio, y para pasar el monte Cenis se había encasquetado un gorro encarnado que le caía hasta el cogote. Llegado á Lyon, Barilli se instaló en el hotel de la Europa, para pasar algunos días á fin de descansar de su viaje.

— ¿A qué hora se cena? preguntó el artista.

— Monseñor, responde la dueña del establecimiento, no tenemos hora.

— ¿Cómo es eso?

— Quiero decir que á la hora que gusteis; ordenad y os serviremos en vuestra habitación.

— ¡Ah! Pero es que yo no tengo recursos para hacer mucho gasto; me convendría mas bajar á la mesa redonda.

— Ya sabemos que una persona que tiene que dejar su patria puede hallarse en apuros pecuniarios, pero no le hace, nosotros nos consideramos muy dichosos por haber tenido la suerte de recibir vuestra visita. El cielo os ha enviado á nuestra casa. No penseis en el gasto: que lleven á monseñor al aposento de los embajadores.

Barilli se deja guiar, y á poco rato le sirven una cena opípara con vinos exquisitos. Nada se había olvidado; ni los macarones, ni el capon trufado, ni siquiera los « ravioli. » Acostumbrado hacia mucho tiempo á los engaños en que están fundadas tantas óperas bufas, Barilli comprendió desde luego que había aquí un error de esta clase.

Sin embargo, no queriéndose aprovechar de los favores destinados á otro, quiso entrar en explicaciones.

— No soy yo quien creéis, dijo á los amos de la casa; no soy mas que un pobre cantante ajustado de primo bufo.

— Todo lo sabemos.

— ¿Qué sabeis?

— Que estais desterrado, proscrito...

— Es mucho empeño.

— Y tambien conocemos que es muy natural que pongais en juego estratagemas inocentes.

— Pues no tengo mas remedio que resignarme, dijo Barilli con un suspiro.

— Seguramente, es el recurso que os queda.

Permaneció en Lyon algunos días mas llevando una vida de príncipe. Pero hé aquí que se acercaba el término de su licencia, y se vió obligado á despedirse de sus amables posaderos.

Ya su equipaje estaba en el coche. El bufo sale de su cuarto con el bolsillo en la mano y encuentra en la pieza contigua á los amos de la casa con sus parientes y amigos, y hasta la servidumbre arrodillados todos y suplicándole que les dé su santa bendición.

Barilli se sorprendió, pues no esperaba por cierto este efecto dramático.

— ¿Con que no quereis mi dinero y si mi bendición? les dijo; sería una ingratitud privaros de ella. Aquí la teneis.

Y echó su bendición que el numeroso grupo recibió con recogimiento, después de lo cual Barilli se apresuró á tomar asiento en su carruaje.

El papa se hallaba entonces en Savona, y muchos cardenales desterrados al Mediodía de la Francia habían pasado por Lyon. El gorro encarnado, el acento italiano y un bello semblante de un carácter un tanto monacal, habían producido el engaño respecto de Barilli.

El emperador se rió mucho con la aventura, que á menudo se complacía en referir detenidamente.

Mil veces se ha repetido una verdad en que convienen todos, y es que por lo regular no hay suerte peor que la de los inventores. No hace mucho tiempo el gobierno francés concedía una pensión á los herederos de Felipe de Girard, el ilustre inventor de la máquina para hilar el algodón, por la cual el emperador Napoleon I había prometido un millon de francos, y que murió como había vivido, en la miseria, no obstante el descubrimiento que ha inmortalizado su nombre. En el día se ha presentado al Cuerpo Legislativo un proyecto de ley para conceder otra pensión de seis mil francos á un hombre que como Felipe de Girard, ha dotado á la Francia de una industria nueva, sin que su pensamiento le haya conducido tampoco á la fortuna.

Este hombre se llama M. Crespel Delisse, y es el fundador, el creador, el inventor del azúcar de remolacha. Su historia puede resumirse en breves líneas.

Cuando la época del bloqueo continental, el azúcar llegó á valer hasta seis francos la libra; y el emperador, en vista de la escasez y carestía del artículo, prometió magníficas recompensas al que supiera producirle industrialmente. M. Crespel Delisse lo consiguió, y á beneficio de aparatos muy imperfectos expuso en 1810 un pilon de azúcar indígena en Lila. El primer año fabricó 500 kilós, y el segundo 10,000.

Pero sobreviene la invasión de 1814; la fábrica de M. Crespel queda devastada; sus almacenes contenian 50,000 kilós de azúcar que la víspera de la invasión valian á 8 francos el kiló, y que al día siguiente no podian venderse á 1 franco 60. El desastre era completo.

M. Crespel no se desanima. Traslada su industria á Arras, y se dispone á sostener la obstinada lucha cuyo resultado ha sido conservar á la Francia una industria llamada á un gran porvenir. No pudiendo lograr que los labradores se apliquen al cultivo de la remolacha, se hace agricultor y alimenta su fábrica con su propia cosecha. Varios hombres doctos critican sus procedimientos, y él muestra sus productos y los premios que obtienen. A medida que la experiencia revela hechos nuevos, debe perfeccionar su maquinaria, y para ello se hace constructor.

La incredulidad le persigue, y el animoso inventor la confunde enriqueciéndose; y destinando al desarrollo de su industria los beneficios que le proporciona un trabajo incesante, funda tres fábricas en el departamento del Paso de Calais.

No obstante, llegan días crueles, y de descalabro en descalabro, hoy á setenta y cinco años de edad, M. Crespel después de haber trabajado por espacio de mas de medio siglo de un modo desinteresado y generoso en fundar una de las industrias mas provechosas para la producción agrícola de la Francia, ve sus últimos días amenazados por la miseria. En este caso el gobierno francés ha pensado que debía acordar inmediatamente á Crespel una pensión, que será á la vez un socorro necesario y una recompensa merecida.

En estos últimos días se ha embarcado en Marsella un alto personaje que se ha propuesto hacer una exploración científica por la Siria y la Palestina, el señor duque de Luynes, á quien acompañan en su loable expedición varios eruditos y artistas. El noble viajero lleva á bordo del vapor en que hará la travesía, un buque pequeño desmontado que armará después para navegar por el mar Muerto, objeto principal de su excursión, y que le servirá igualmente para explorar diferentes lagos y rios del Asia Menor. La inmensa fortuna que posee el duque de Luynes le permite mas que á ningún otro el no economizar ninguna cosa para realizar su plan. Después de la señalada protección que ha dispensado siempre á los verdaderos artistas, y las sumas incalculables que ha gastado en la formación de sus galerías y de sus palacios, el duque de Luynes quiere hoy resolver problemas de geografía y artes de la antigüedad. El propósito es digno de alabanza.

Nada nuevo en los teatros esta semana. A propósito de teatros, acaba de surgir de nuevo una cuestión que interesa en alto grado al porvenir de la industria dramática.

En Paris, como en todas partes, las empresas pagan á los hospicios una contribución que en esta capital se eleva al diez por ciento cada noche sobre la entrada, en bruto, de todos los espectáculos sean cuales fueren, excepto los conciertos, que han de satisfacer la cuarta parte. Nada mas justo que este impuesto que cobran los pobres sobre las diversiones públicas. Pero hé aquí un incidente sobre una costumbre que no creemos exista sino en Paris, y que por lo tanto merece explicarse.

Los escritores dramáticos, además de la parte que les corresponde por sus derechos en la recaudación de cada noche, reciben un número determinado de billetes de que pueden disponer á su antojo. En un principio los empresarios les hicieron esta concesión para que pudieran regalar localidades á sus amigos; mas andando el tiempo, se introdujo el uso de venderlos, y la justicia, en diferentes ocasiones, ha dado por lícito este tráfico. Con este motivo se constituyó una agencia á la que los autores, en virtud de un tratado general, ceden sus billetes por la mitad del precio, y la agencia se deshace de ellos como puede: mas caros si el drama llama gente, mas baratos si el teatro está desierto. De aquí la reventa, que choca tanto á los extranjeros cuando oyen pregonar á las mismas puertas del teatro billetes á menos precio que en el despacho.

Ahora bien, las casas de beneficencia reclaman su diez por ciento sobre el valor de estos billetes, fundándose en que los empresarios los dan á los autores en representación de una suma determinada, que en otro caso tendrían que satisfacer en dinero; y los teatros responden que nada pueden pagar sobre una cosa que no cobran, y que además les hace competencia,

pues ordinariamente la localidad que vale cinco francos en el despacho, se vende por dos y medio en la calle.

De esta resistencia el pleito que se halla hoy en manos de la justicia administrativa, y que quizá dé un buen resultado si se atiende á la reclamacion de los hospicios, cual es de suprimir la susodicha costumbre causa de la contienda, reemplazándola de modo que no salgan perjudicados los autores, y las empresas no tengan que temer ya la competencia de los revendedores, que en las condiciones que dejamos expresadas es terrible para ellas.

MARIANO URRABIETA.

El olvido.

(EN EL ALBUM DE NARCISA.)

Olvidar quieres, Narcisa,
Pero mal olvidarás
Si quieres; porque ha de ser
Sin querer el olvidar.

Si de querer el olvido
No te olvidas, hallarás
Que se olvida tu memoria
De tu misma voluntad.

Para olvidar tus recuerdos,
Si es que dispuesta á ello estás,
No acordarte del olvido
Por acuerdo has de tomar.

Si el olvido por bien tienes,
Nunca de él te has de acordar,
Que la memoria del bien
No será olvido del mal.

Cuando menos lo imagines,
Con el olvido darás,
Que olvidar es una dicha
Que se encuentra sin pensar.

El no querer ese olvido
Ya menos querer será,
Y si logras querer menos,
Narcisa, ¿qué quieres mas?

CARLOS C. NUÑEZ.

Soneto.

« Pasan los peregrinos y echan menos
Las sombras de los árboles caídos; »
Cruzan las aves sitios conocidos,
Ayer de flores, y hoy de nieves llenos.

El mar hinchando con furor los senos
Pone espanto en los naufragos rendidos,
Que tierra anhelan ver, puertos queridos
Y cielos transparentes y serenos.

Tiende por fin en la vejez helada
El hombre por do quier sus tristes ojos
Buscando glorias de la edad pasada;

Y en vez de sombra y flores, solo abrojos
Encuentra en el camino de la nada,
Dando al mar de la muerte sus despojos.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

El Hombre-cuestion.

FERNANDO DE LESSEPS.

¿Quién no conoce á M. F. de Lesseps, uno de los hombres mas populares de Europa; esto es, quién no sabe que M. F. de Lesseps construye en Egipto el monumento mas gigantesco y grandioso de los tiempos antiguos y modernos?... Sin embargo, no se conoce bastante su persona, ni las grandes aptitudes y la brillante originalidad que le colocan en ese puesto en el que hoy se fijan todas las miradas.

I.

M. F. de Lesseps tiene cincuenta y tres ó cincuenta y cuatro años; pero su actividad protesta contra sus canas. Su aire noble y franco convierte en amigos á todos los que se acercan á su persona. Su frente, en donde se refleja una gran serenidad de espíritu y de alma, ofrece la señal de una alta lealtad de carácter y de la fuerza dueña de sí misma. Una indefinible expresion de bondad y de benevolencia se pinta en todas sus facciones. Al pronto llama la atencion semejante calma en la fiso-

nomía de un hombre que lleva una vida tan agitada; pero la mirada viva y penetrante de sus ojos hundidos indica en breve que en su interior está hirviendo una indómita energia. Un bigote militar pone el sello á este semblante característico.

M. de Lesseps es hombre de una estatura ordinaria, bien configurado, y que ha sido preservado de la robustez por su continuo movimiento. Visto de espaldas, es un joven. Su larga residencia fuera de Francia ha dado á su persona algo de extranjero, de exótico. Por lo demás, posee en alto grado la viveza y la naturalidad, y como hombre, es en un salon un gentleman consumado.

El hombre destinado á ilustrar su nombre y su pais puede permanecer ignorado durante largo tiempo; pero un día llega en que se revela, en que surge á las miradas atónitas, y entonces todos se apresuran á saludar una gran reputacion que nadie recelaba. Así ha sucedido con M. de Lesseps. Ha sido cónsul general y ministro plenipotenciario; mas su eclipse de la diplomacia en 1849 apenas fué notado, y solo se puso en evidencia su individualidad cuando de repente se dió á conocer como promovedor de la obra gigantesca que hará inmortal su nombre.

¡Continuar la idea de los faraones, abrir el canal de Suez!... Para concebir y poner en ejecucion este plan colosal, se necesitaba uno de esos hombres excepcionales cuyo genio es capaz de abrazar en su conjunto los mas vastos designios. Remover todo un mundo, despertar pasiones, fanatizar y arrastrar á todos los espíritus por la conviccion y la elocuencia; ¿quién habria hecho esto? M. F. de Lesseps ejecuta en el órden civil lo que en Francia no se habia visto jamás sino en el órden religioso. Sus facultades se adaptan perfectamente á este gran papel; lo lleva todo militarmente, y tambien diplomáticamente, pues M. de Lesseps ha conservado el tacto diplomático, y ese tacto unido á su vigor, á su ardor incansable, hacen de él quizá el único hombre posible para dar cima á semejante tarea.

No es facil burlar su vigilancia: las estratagemas y los amaños de los ingleses le encuentran siempre alerta.

Con sus astutos antagonistas se muestra prudente y osado, flexible y tenaz, de una paciencia admirable no obstante la fiebre de acabar que le devora. Hombre de accion ante todo, no conoce los rodeos, y se encamina hácia el fin en derechura. Su táctica es adelantar, cueste lo que cueste.

Es hombre muy accesible, muy cordial en las relaciones ordinarias, y franco por naturaleza, jamás se observa en él nada que toque á la afectacion. Habla con fluidez y sin pretension; tiene el tono cariñoso, y es insinuante y seductor, porque se esfuerza por hacer penetrar sus convicciones en el animo de sus oyentes. La discusion le anima sin exceso, y jamás se muestra agresivo. Sus réplicas son contundentes.

— En caso de guerra entre las dos naciones, le dijo un día lord Palmerston, la Francia, por el canal de Suez, estaria mas cerca de la India que la Inglaterra.

— Si las dos naciones debieran combatirse nuevamente, respondió M. de Lesseps, la Francia os buscaria no á seis mil leguas, sino á dos horas de sus costas.

Cuando se trata del canal, sus ojos chispean, su fisonomía se muestra radiante, su alma acude á sus labios. Entonces su elocuencia es irresistible, y hasta la incredulidad le rendiria las armas.

II.

M. de Lesseps es un hombre nuevo en Francia, un hombre que ha realizado entre los franceses un tipo bien conocido en Inglaterra: el Hombre-cuestion.

Wilberforce, el apóstol de la emancipacion de los negros; Rowland-Hill, el autor del Penny-postage; Ricardo Cobden, el campeón del libre cambio, han precedido á M. de Lesseps en esa via de generosa y desinteresada iniciativa que se adelanta al progreso, que desarrolla la civilizacion, que conduce á la prosperidad á los pueblos.

Sin embargo, hay una diferencia: el Hombre-cuestion que en Inglaterra es el hombre de una cuestion inglesa exclusivamente, ha venido á ser en Francia con M. de Lesseps el hombre de una cuestion europea, ó mejor dicho, universal.

Tiene mas de un punto de contacto con sus ilustres precursores de la Gran Bretaña, que salieron victoriosos de las recias tormentas que suscitaron. Como ellos es habil y persistente, como ellos tiene fe en sí mismo, y posee en grado igual su temperamento y espíritu práctico. Sus procedimientos le son familiares. Ha sabido manejar aquella palanca que fué como un poder sobrenatural en manos de O'Connell. Produjo agitacion, sobreexicitó la opinion pública, y esta por todas partes en Europa correspondió á su llamamiento con sus entusiastas adhesiones.

Tampoco ha olvidado poner un periódico al servicio de su causa. Bajo su inspiracion el *Istmo de Suez* ha venido á colocarse prontamente entre los órganos mas importantes de los grandes intereses comerciales europeos. Gracias á este periódico, M. de Lesseps se halla en comunicacion constante con el público, y sus accionistas estan siempre al corriente del progreso de las obras. El *Istmo de Suez* es su tribuna, y desde ella desmiente los asertos erróneos ó pèrfidos de los enemigos del canal, descubre la malevolencia de sus insinuaciones y protesta altamente contra sus imposturas; por último, en esa tribuna defiende los derechos de la compañía y el interés universal.

M. F. de Lesseps habla á menudo en público. Por do quiera que pasa, desean oír de su boca pormenores precisos sobre su vasta empresa. No se hace de rogar: hablar del canal es el mayor goce de su vida. A mayor abundamiento ha comprendido en su mision el deber de ilustrar á todas las naciones interesadas en la abertura del istmo.

Su palabra es facil y elegante.

Como orador, recuerda ciertos hombres de Estado de la Inglaterra: Palmerston, Bright, Gladstone, Disraeli, quienes en sus discursos en los meetings, en el banquete del lord corregidor, cuentan y conversan mas que peroran, y poseyendo a un tiempo la elocuencia familiar y la elocuencia política, introducen la anécdota en las cuestiones mas importantes, y ella les sirve para desenvolver consideraciones generales del órden mas elevado.

Con la gracia peculiar de este género de elocuencia, M. de Lesseps ha dicho á su auditorio:

— Si llego al fin que me propongo, lo deberé á mi perseverancia... esa virtud de las mujeres...

III.

El promovedor del canal de Suez no halla por todas partes mas que admiradores apasionados, y solo un interés egoísta, miserable, le ha suscitado contradictores. Pero si sus adversarios le admiran, ¿no es esta circunstancia lo mas notable de su triunfo?

Fuera de Francia, en Inglaterra es donde mas ha sido aclamado en un principio.

Los ingleses, que han comprendido el valor de su empresa, no obstante sus esfuerzos para impedir la realizacion, observan los progresos con la mas viva impaciencia de ver el fin.

Los hombres de Estado del Reino Unido, tan ardientes para cerrarle el Egipto, son los primeros que confiesan la grandeza del hombre y de la obra.

Lord Palmerston, que le combate tan obstinadamente en sus periódicos, en los consejos y en el Parlamento, lord Palmerston en su gabinete, *facie ad faciem*, le presta gustoso un oído atento.

El enemigo mas encarnizado de la empresa, Bulwerbajá (1), tiene tan alta idea de su valor, que no pierde ocasion de hacer su apologia.

Esta anomalia se halla perfectamente justificada con este dicho de un inglés, al cabo de una larga discusion con M. de Lesseps:

— En nuestro pais queremos á los hombres que nos resisten.

Lo que prueba, dejando aparte las envidias, que los ingleses saben apreciar los grandes caracteres.

En otro órden de cosas, el numeroso personal que dirige se muestra con él lleno de sumision y de respeto. Sobre toda esa gente su prestigio es ilimitado; no hay nadie que no se crea comprometido con la palabra que ha dado de hacer el canal. En repetidas ocasiones ha recibido de estas legiones de empleados, de esos ejércitos de trabajadores las mayores pruebas de adhesion y de cariño.

A consecuencia de las maniobras inglesas, Mouktarbey, enviado de la Sublime Puerta, llega un día á Egipto para notificar que cesen las obras. Habia creído que á su vista un terror pánico iba a dispersar aquellas masas obstinadas en remover la arena; pero solo los menos abandonaron la tarea, y en cuanto á los franceses, declararon que continuarían mientras M. de Lesseps permaneciese firme.

IV.

M. F. de Lesseps es un cuerpo de hierro con músculos de acero; jamás siente el cansancio, y su actividad física y moral tiene algo de prodigiosa: *Monstrum activitatis*, diria Ciceron.

Ha heredado de sus antepasados la aficcion á los viajes, y no obstante estos precedentes, como viajero, M. de Lesseps es una excepcion.

Parece que posee el don de encontrarse al mismo tiempo en todas partes. Hoy se lee en un periódico que está en Paris, y mañana un despacho telegrafico nos dice que M. de Lesseps ha subido el Nilo hasta el Cairo; la prensa de Italia señala su paso por Milan, Napoles y Florencia, y sin embargo, el *Diario de Constantinopla* anuncia que M. de Lesseps ha obtenido una audiencia del sultan, y que la embajada inglesa esta sumida en el mayor desconsuelo.

Los viajes que ha hecho en los últimos seis años son innumerables. Para él ir á Egipto, á San Petersburgo, á Constantinopla, es un simple paseo. Su temperamento se acomoda á todo en los viajes, y todos los géneros de locomocion le son indiferentes. Que tenga que marchar á caballo, en camino de hierro ó en barco de vapor, poco le importa: en la China tomaria un palanquin, en Calcuta montaria en un elefante, en Egipto viaja en dromedario.

Al regreso de una excursion por el Alto Egipto con Saíd-bajá, se encontraba en Carthum en el centro del Sudan, y teniendo prisa para llegar á Paris, tomó un camello y atravesó de este modo, á la oriental, las vastas soledades del desierto de Korosko. Llegado al Cairo

(1) Sir Enrique Bulwer, el embajador inglés en Constantinopla, que los partidarios del canal designan con este nombre, así como llaman al jefe del Foreign-Office el gran visir Palmerston.

sin haberse detenido un solo instante, viene á saber que el vapor de Trieste se dispone á partir de Alejandria, y al punto toma el ferrocarril, se embarca; en Trieste aprovecha seguidamente el convoy de Viena, y sin descansar viene á Paris.

Después de un viaje semejante hecho sin interrupción, se creeria que M. de Lesseps piensa en dormir; nada de eso: al apearse del wagon se aplica al trabajo.

Si se le pregunta cuándo descansa, responde:

— Viajando.

Lo mismo que aquella señora que decia: Descanso bailando.

De todos los países acuden á Egipto personajes distinguidos para visitar las obras. Uno de estos visitantes ha dicho de él:

— Con mucha frecuencia he encontrado á M. de Lesseps á caballo en el desierto y en otras partes, y siempre le he visto al galope.

Los americanos dicen: *Time is money*. Para M. de Lesseps, el tiempo es el movimiento.

— ¿Porqué no tomáis algun reposo? ¿porqué os apresuráis así incesantemente? le preguntaron.

Y M. de Lesseps contestó:

— Porque la Inglaterra es una vieja que puede romper sobre mi cabeza la teja de Pirro.

En Egipto, después de haber recorrido las obras durante el día, trabaja hasta media noche solo, ó con los ingenieros ó los jefes de servicio de la compañía.

En Paris no descansa mas que en Egipto, y sus ocupaciones, aunque de otro género, no son menos numerosas. Tiene que recibir y pagar muchas visitas. Su tiempo está rigurosamente calculado. Da citas á las seis de la mañana, y cuidado con faltar, pues M. de Lesseps, esclavo de su palabra, es un tirano de exactitud. Un amigo nuestro temiendo parecer importuno á aquella hora, vacila un instante en entrar. En esto sale un coche del patio á la calle, y nuestro hombre se decide... era tarde ya: el carruaje que habia visto se llevaba á M. de Lesseps.

A. V.

(Se concluirá.)



M. F. de Lesseps.

Carreras en el Cairo.

Las carreras del Cairo establecidas por el virey actual, han tenido lugar por primera vez el día 5 de enero en

el desierto, cerca de los Abbassiels, á unas tres millas de distancia de la ciudad. El campo de carrera era un óvalo de dos millas de largo sobre media milla de anchura. La primera prueba se verificó entre los caballos árabes (tres millas), con los premios de 12,500 francos, y 2,500 francos el segundo. Ganó *Hamdany*, perteneciente á M. Smart, al cabo de una lucha reñida con *Dukhy*, perteneciente á Halim-baja. En la segunda prueba entraban los caballos de todas las naciones (cinco millas), con los premios de 7,500 francos y 2,500 el segundo. Corrieron cuatro caballos ingleses, pero fueron batidos sin lucha por un caballo árabe, que no obstante perdió, porque su jockey fué desmontado á la tercera milla, lo que permitió á una yegua de Ali-baja el llegar antes. La tercera carrera (dos millas) con premio de 2,500 francos, fué ganada por Ali-baja, después de una lucha empeñada con una yegua perteneciente á M. Guichard.

El tiempo estaba hermoso: un sol brillante templado con una fresca brisa; las disposiciones tomadas eran excelentes; habian elevado un kiosco para el virey, y una espaciosa tribuna para los europeos. El hipódromo estaba rodeado de estacas y de cuerdas, y varios piquetes de jinetes y de policeman á caballo mantenian el orden. La primera carrera tuvo efecto en siete minutos, la segunda en quince, y la tercera en seis.

Al fin de la fiesta se disputó un premio de 2,500 francos entre los jinetes Bashic-Bazouk, que se lanzaron á la carrera en masa compacta, formando un espectáculo de los mas animados.

P. P.

El conde de Flahault

DE LA BILLARDERIE.

El conde de Flahault de la Billarderie, que acaba de ser llamado al empleo de gran canciller de la Legion de Honor en reemplazo del almirante Hamelin, nació en Paris el 20 de abril de 1785. Hijo de un oficial general, se alistó á quince años y acompañó al primer cónsul á Italia. Ascendió rápidamente: hizo



Carreras del Cairo en el desierto de los Abbassiels.

las guerras de Portugal, de Alemania y de Rusia, y fué nombrado general con el título de conde en 1813. Par de Francia durante los Cien Dias, apoyó con energía la proposición de Luciano en favor de Napoleon II. El conde de Flahault no volvió á ocupar su puesto en el ejército, así como tampoco en el palacio del Luxemburgo, hasta 1830. Agregado á la casa del duque de Orleans, le confiaron diferentes destinos diplomáticos, entre otros la embajada de Viena, que conservó de 1842 á 1848. — Miembro del Senado en 31 de diciembre de 1852, fué llamado á la embajada de Inglaterra en reemplazo del baron Gros. El principe de la Tour de Auvergne ha sido su sucesor como embajador en Londres.

X.

La cañonera *Kenney*

BOTADA AL AGUA EN NINGPO.

Ningpo 15 de noviembre de 1863.

La cañonera de vapor *Kenney* ha sido botada al agua en Ningpo el 31 de octubre en los astilleros de la marina imperial, y esta ceremonia ha tenido todo el carácter de una fiesta pública, por la razon de que la creación de ese astillero provisional ha sido una de las primeras señales del renacimiento de la ciudad al salir de las ruinas amontonadas por los rebeldes. Al tomar el mando del apostadero naval francés, el contra-almirante Jaures, compadecido de la poblacion que habia sufrido tan dura prueba, aseguró trabajo á los numerosos operarios de la marina, mediante la construcción de cuatro cañoneras de vapor, en tanto que con su licencia un oficial continuaba pacificando la campiña á la cabeza de tropas chinas instruidas y mandadas por sargentos franceses.

La primera cañonera ha tomado el nombre de M. de Kenney, aquel bizarro oficial que fué mortalmente herido al dar el asalto de los muros de Ningpo en mayo de 1862; y dos batallones del cuerpo franco-chino han recibido los nombres del alférez de navío Lebreton, y

del capitán de artillería Tardif de Moidrey, que perecieron ante la gran ciudad de Chaochin.

Cuando se hubo tomado Chaochin, no fué ya dudoso el éxito de la empresa de las cañoneras. Se prosiguieron las obras activamente, y los buques franceses que

máquinas y el material de armamento preparados cuidadosamente en el arsenal de Brest.

Ahora es preciso añadir que los rios de la China están surcados de vapores, pero que los chinos emplearán muchos mas aun. La marina imperial acaba de pro-



El conde Flahault de la Billarderie, gran canciller de la Legion de Honor.

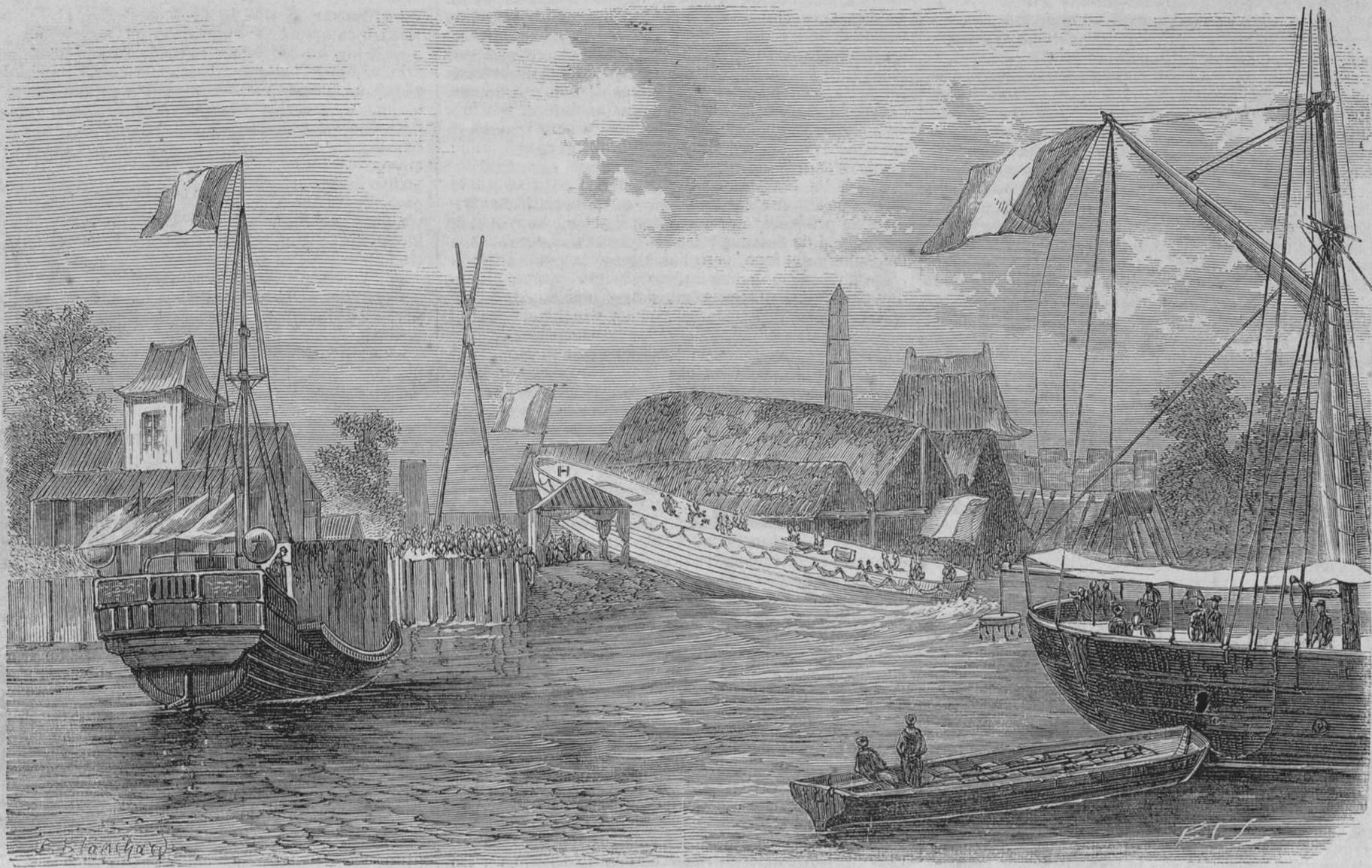
se hallaban en el rio prestaron su ayuda. Finalmente, hasta los operarios chinos comprendieron el carácter de la obra y aceptaron sin elevación de salario, la supresión del trabajo cada dos domingos, descanso indispensable para los contra-maestres europeos, en medio de los fuertes calores del verano.

El dia de la ceremonia, monseñor Delaplace acompañado de su clero fué á dar la bendición al nuevo buque, y si las hermanas de la caridad tuvieron que estarse en casa, porque así lo exigen las costumbres del país, pudieron asistir á la fiesta desde las ventanas de una de sus casas de huérfanos.

Después de la bendición se dió la señal para arrojar el buque al agua. Mientras se hacían los preparativos, las autoridades chinas pedían explicaciones sobre los pormenores de este espectáculo desconocido en sus construcciones navales, y cuando el buque deslizándose lentamente entró en el agua, S. E. el taotae prorumpió en aplausos, que fueron repetidos por todos los presentes.

Segun los usos del país, á toda ceremonia debe seguir un banquete, y desde la introducción el vino de Champaña corre abundantemente en estos festines. Por la proposición de M. Maugum, cónsul de los Estados Unidos, la primera copa se vació en honor de la cañonera, y el ingeniero de la marina, M. Verny, jefe del astillero, echó el último brindis á la prosperidad de la ciudad de Ningpo, cuyos habitantes han sabido reedificar en un año las dos terceras partes de su poblacion con la mitad de sus arrabales. Este brindis fué recibido con aclamación: *Ningpo forever!* decía un comerciante inglés que hace diez y ocho años plantó allí su tienda, habiéndola forrado muchas veces con las mas bellas sedas del Tché-Kiang.

Hé aquí pues la cañonera *Kenney* en el mar. Muy pronto recibirá las



La cañonera *Kenney* botada al agua en Ningpo.

bar que se puede construir en el país á un precio ventajoso, evitando así los tristes azares de la navegacion por el cabo de Buena Esperanza. Las cañoneras protegerán el comercio en esas márgenes fecundas que producen el algodón, la seda y el té, y consumen tanto arroz y productos manufacturados de la Europa. No quiera Dios que tengan que usar jamás las fuerzas terribles de que disponen, y que al saber lo que pueden sus cañones y la velocidad de su marcha, los japoneses concluyan de una vez con las promesas enfáticas y los odiosos atentados de su doble política. P. P.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

En tanto, de los cuatro puntos del horizonte, cuatro hombres de marcha intrépida y de cabellos incultos, hollaban la yerba bajo sus piés, y hacian crujir las ramas dirigiéndose hacia el edificio. Aparecieron cuatro luces que cruzaron entre las tinieblas, y todo volvió á quedar sumido en la oscuridad. Pero no fué para mucho rato: el castillo se alumbró por sí propio y apareció iluminado; una lista de fuego se dibujó en la fachada, dejó ver el sitio donde estaban las ventanas, los balcones y las cornisas, se hizo mas brillante y se ensanchó, y la llama que brotó de pronto por todas las aberturas alumbró las máscaras de piedra aterradas y con la boca abierta.

Alzase un grito, un hombre corre á las caballerizas y un caballo parte á escape animado por la voz y la espuela, cruza el espacio al través de las tinieblas, párase bañado en espuma cerca de la fuente de la aldea, y una voz exclama:

— ¡Auxilio, Gabelle, auxilio!

Toca la campana á rebato con impaciencia, pero nadie acude á prestar auxilio, á pesar de hallarse junto á la fuente el caminero y sus doscientos cincuenta amigos que contemplan la llama que brilla en el cielo, y que dicen sin moverse y mirando de reojo al que pide auxilio:

— Debe tener lo menos cuarenta piés de altura como la horea de Juan.

El jinete del castillo y su caballo cubierto de espuma se alejan, suben la cuesta peñascosa y se dirigen hacia la cárcel.

En la puerta hay un grupo de oficiales que miran el incendio.

— ¡Socorro, señores oficiales, socorro! Está ardiendo el castillo. Se salvarian algunos objetos preciosos si vinieran á auxiliarnos.

Los oficiales se vuelven á los soldados que miran el incendio, pero no dan órden alguna, y contestan encogiéndose de hombros y mordiéndose los labios:

— ¿Qué queréis que hagamos? No tiene remedio.

Cuando el jinete y su caballo, que volaban sin esperanza, cruzaron la aldea, los habitantes celebraban con una iluminacion general el incendio del castillo. El caminero y sus doscientos cincuenta amigos, inspirados como un solo hombre, habian corrido á sus casas y ponian velas y candelas en sus ventanas. La penuria general habia obligado á los aldeanos á pedir prestados el aceite y las velas al desventurado Gabelle, y como este parecia resistirse, el caminero, en otro tiempo tan humilde con la autoridad, habia hecho observar á sus conciudadanos que los coches arden magnificamente, y que los caballos de posta se asarian muy pronto en la llama que formarían.

El castillo continuaba ardiendo. Un viento rojo que soplabá de aquella region infernal dispersaba sus restos, y al fulgor vacilante de las llamas que lamian con furia las paredes, las máscaras de piedra parecían retorcerse y padecer el suplicio de los condenados. Se desmoronó un lienzo de pared arrastrando una parte del techo, y la máscara cuyas narices se movian como si se estremeciesen, se oscureció de pronto, salió de la nube que la envolvía, luchó otra vez con las llamas y pareció la faz cruel del marqués espirando en la hoguera.

Los árboles inmediatos al edificio alcanzados por el fuego, se abasaron y se encogieron, y los que estaban lejos, incendiados por los hombres siniestros que habian llegado de los cuatro puntos del horizonte, rodearon el castillo con un cinturón de humo y llama. En el receptáculo de mármol de la fuente hervian el hierro y el plomo derretidos; el agua se agotaba ante la llama; los techos que cubrian los torreones se desvanecian como la nieve bajo un sol ardiente, y caian en el fondo de las torres transformadas en pozos de fuego. Las hendiduras estallaban en las paredes, donde se extendian en todas direcciones como una arborizacion fulgurante, y en tanto que las aves revoloteando fascinadas en torno del abismo de fuego se precipitaban en él, los cuatro individuos siniestros, alumbrados por el incendio que les servía de antorcha, se dirigian hacia los cuatro puntos del horizonte adonde les llamaba su ministerio.

Los aldeanos se habian apoderado de la campana y en vez del toque de á rebato se oia un alegre repique. Después, con el estómago vacío y la cabeza exaltada con el estruendo y las llamas, recordaron que M. Gabelle tenia intimas relaciones con la recaudacion de contribuciones, diezmos y arriendos, y manifestando vehementes deseos de tener con él una entrevista formal,

reclamaron con amenazadora gritería la presencia del publicano. Pero M. Gabelle volvió á retirarse al tejado de su casa, y acurrucándose detrás de dos chimeneas, decidió (era un hombrecillo de genio vengativo) que si llegaban á forzar la puerta, se arrojaría de cabeza sobre la multitud, y tendría al menos la satisfaccion de aplastar uno ó dos hombres.

Es probable que la noche pareciera muy larga á M. Gabelle con el castillo por luz y con el estruendo que hacian en su puerta por música, sin contar la inquietud que le inspiraba el farol colgado delante de sus ventanas, y que la multitud deseaba mudar de sitio para colgarle á él. ¡Terrible prueba es pasar toda una noche en el borde de un abismo sin mas consuelo que arrojarle en el fondo como habia resuelto M. Gabelle! Pero asomó por fin la bendita claridad del día, se apagó la iluminacion de la aldea después de apurar la última gota, los sitiadores se retiraron, y nuestro publicano pudo bajar conservando la vida.

Aquella noche y muchas otras noches seguidas se vieron al resplandor de los incendios numerosos funcionarios menos afortunados que M. Gabelle balanceándose al amanecer al través de las calles que habitaban desde su nacimiento, y hubo tambien campesinos y villanos menos felices que nuestro caminero y sus amigos, que fueron perseguidos por la tropa y ahorcados; pero los hombres que se dirigian hacia los cuatro puntos del horizonte seguian su camino con paso intrépido, y el fuego brotaba todas las noches, y las llamas devoraban los castillos. Ningun funcionario, á despecho de todos los calculos matemáticos, era capaz de calcular cuántos piés hubieran debido añadirse á las horeas para convertir las en manantiales que pudiesen apagar el incendio.

CAPITULO XXIX.

ATRAIDO HACIA EL ABISMO.

Tres años trascurrieron, tres años de tempestad en medio de las llamas devoradoras, de las olas espumosas y de los estremecimientos de la tierra, conmovida por las sacudidas de un océano que subía, subía con terror de los que lo contemplaban desde la playa.

Tres años mas añadieron sus hilos de oro á los hilos con que Lucia Darnay tejía los días de los que amaba, y trajeron tres veces el fausto cumpleaños de su hija.

¡Cuántas veladas habian pasado los habitantes del albergue pacífico escuchando los rumores cuyo eco les aterraba, porque no ignoraban que los pasos que oian eran los de una turba furiosa que seguía la bandera roja, declaraba la patria en peligro y un terrible encanto habia transformado en fieras!

Su Excelencia (tomado en sentido colectivo), asombrado de que no se le apreciase como merecia, habia huido de un estado social que presentaba semejante fenómeno, y no podia acabar de convencerse de que la Francia no tuviera necesidad de poseerle, y de que quedándose hubiera sido arrojado, no tan solo del territorio francés, sino tambien de este mundo. Como aquel campesino de la leyenda, que después de haber evocado con mucho trabajo al demonio, quedó tan aterrado al ver al espíritu de las tinieblas que huyó en vez de hacerle preguntas, Su Excelencia, después de haber leído audazmente al revés la oracion dominical durante muchos siglos y de valerse de todos los medios para obligar al demonio á que se apareciese, apenas le vió cuando tomó las de Villadiego.

El Ojo de Buey se habia dispersado para no ser el blanco de una granizada de balas patrióticas. Nunca habia sido prudencia mirar con tan mal ojo, que reunía la arrogancia de Satanás y las pasiones de Sardanápalo á la ceguera del topo, pero habia desaparecido. Toda la corte habia emprendido la fuga, desde el círculo íntimo que era su centro, hasta sus limites apolillados donde rebotaban la intriga, la corrupcion y la hipocresía; el rey habia partido, y acababa de ser suspendido en el momento en que las últimas noticias habian cruzado el estrecho.

Era el mes de agosto de 1792 y Su Excelencia se hallaba en completa dispersion. Naturalmente, la casa de banca de Tellson y compañía en Londres era su cuartel general: los espíritus frecuentan con preferencia los sitios que habitaron sus cuerpos, y Su Excelencia, cuyo bolsillo estaba vacío, se dirigía á la casa en donde antes habian estado sus luses. La casa de Tellson era además un albergue hospitalario que tenia grandes consideraciones con sus parroquianos tronados, y entre los emigrados habia además algunos nobles que, previendo el saqueo ó la confiscacion, habian colocado sus fondos en Londres en los primeros días de la tempestad. Añádase á esto que todos los que llegaban de Francia acudían á la casa de Tellson, de lo cual resultaba que en aquella época era el despacho del banquero, en cuanto á noticias, una especie de bolsa altamente privilegiada. Esta circunstancia era tan notoria para el público, y las personas que iban á preguntar allí habian llegado á ser tan numerosas, que Tellson habia tomado el partido de escribir en una hoja de papel las últimas noticias que habia recibido y de fijarla con obleas en las ventanas en beneficio de los transeuntes.

Después de una tarde húmeda y sofocante, Carlos Darnay, con los codos apoyados en el escritorio de M. Lorry, hablaba en voz baja con su antiguo amigo. El antro penitenciario, reservado en otro tiempo á las entrevistas con los jefes de la casa, servía ahora de oficina de noticias y estaba lleno de curiosos.

Faltaba media hora para cerrar las puertas del despacho.

— Sois indudablemente uno de los hombres mas jóvenes que han existido, decia Carlos con cierta vacilacion, pero no puedo menos de manifestaros...

— ¿Que soy demasiado viejo? preguntó M. Lorry.

— Una estacion rigurosa, un largo viaje, la incertidumbre de los medios de trasporte, un país desorganizado, una ciudad donde vos mismo debéis temer...

— Precisamente estais exponiendo, querido Darnay, los motivos que me inducen á partir y ninguno de ellos me acobarda. Nada temo: ¿quién hará caso de un anciano de cerca de ochenta años cuando hay tantos individuos dignos de su cólera? La desorganizacion del país, decidís! Si no existiera no habria necesidad de enviar allá un agente de nuestra casa, y por otra parte, ya conocéis que es indispensable que ese agente haya viajado, esté enterado de los negocios y posea la confianza de Tellson. En cuanto al mal tiempo, á lo penoso del viaje y á las dificultades que se encontrarán, si después de tantos años de servicio no me prestara á encargarme del negocio en interés de la casa, ¿quién se encargaría?

— ¡Tengo tanto deseo de ir! dijo Carlos con agitacion y como un hombre que piensa hablando.

— ¡Vos! exclamó M. Lorry. ¿Y me hablábais de prudencia? ¿Siendo francés quisiérais ir á Francia? Eso es el colmo de la locura.

— Lo deseo precisamente porque soy francés. Es imposible no compadecer á ese pueblo miserable, no lamentar su extravío y no esperar en nombre del escaso bien que se le ha hecho darle una direccion menos desastrosa. Ayer noche, continuó con aire pensativo, cuando estábamos solos, decia á Lucia...

— ¿A Lucia? dijo el anciano interrumpiéndole, ¿no os avergonzáis de pronunciar su nombre en el momento de hablar de partir á Francia?

— Me ha ocurrido esa idea, dijo Carlos sonriendo, al reflexionar sobre lo que acabais de decirme.

— Para mí es indiferente; es forzoso que parta, y ningun obstáculo me hará retroceder. No sabeis, querido Darnay...

M. Lorry dirigió una mirada al jefe de la casa que se veía á lo lejos, y añadió bajando la voz:

— No podeis figuraros con cuánta dificultad se hacen en Francia los negocios y qué de peligros corren nuestros libros. Dios tan solo podria decir qué consecuencias tan fatales podrian resultar si nuestros documentos desaparecieran ó fueran destruidos, y ¿quién puede asegurar que Paris no sea entregado á las llamas esta noche y mañana al saqueo? Comprendeis muy bien que una eleccion prudente y en el plazo mas breve evitaria la pérdida de documentos esenciales, y nadie podria juzgar mejor que yo de su importancia relativa. Así lo cree Tellson, ¿y puedo negarme cuando se me suplica en interés de una casa donde estoy ganando mi subsistencia hace sesenta años? ¿Puedo faltar al cumplimiento de mi deber bajo el pretexto de que mis miembros están un poco pesados? Por otra parte, soy joven en comparacion de las momias que tenemos en nuestros escritorios.

— ¡Cuánto admiro la generosidad y la firmeza de vuestro caracter! Si; aun sois joven, amigo mio.

— No os burleis, señor Darnay. Debeis saber, amigo mio, añadió el banquero volviendo á dirigir una mirada al jefe de la casa, que es imposible sacar de Paris actualmente cosa alguna. Os diré en confianza, y os confieso que no deberia hacerlo ni aun con vos, que hoy han llegado á nuestras manos documentos y objetos preciosos por conducto de emisarios los mas extraños que podeis figuraros, y cuya vida pendia de un hilo cuando pasaron las barreras. En otro tiempo nuestros paquetes viajaban por Francia con la misma facilidad que en la mercantil Inglaterra, pero en el día nada puede ya circular...

— ¿Y pensais partir esta noche?

— Esta misma noche; la situacion es muy apremiante para admitir la menor dilacion.

— ¿Partís solo?

— Me han propuesto toda clase de compañeros, pero ninguno de ellos me conviene. Tengo intencion de llevarme á Ferry; es hace muchos años mi guardia de corps y estoy acostumbrado á sus servicios. Nadie sospechará que sea mas que un perro, ni que abraiga otro designio que el de morder al que intente tocar á su amo.

— Lo repito, no me canso de admirar vuestra nobleza y vuestra generosidad.

— Y yo os repito que no os burleis de mí. Cuando haya llevado á cabo este último negocio, es muy posible que acepte la proposicion que me hace Tellson y tome mi retiro para vivir á mis anchas. Entonces tendré tiempo para sentir el peso de los años y recordar que ya no soy joven.

Este diálogo, como hemos dicho al principiar, tenia lugar cerca del escritorio de M. Lorry. A dos pasos de allí Su Excelencia se vanagloriaba del castigo que impondria antes de mucho á la canalla insurreccionada. Su Excelencia tenia muy arraigada la idea, en medio de sus pereances, de considerar la revolucion francesa como la única cosecha que habia madurado hasta entonces en el mundo sin haber sido sembrada, y de hablar de ella como si nada se hubiera hecho ni omitido para acarrear este resultado, y como si algunos observadores, al ver la suerte de las masas y el mal empleo de los recursos que podian haber hecho la prosperidad del pueblo, no hubieran visto amontonarse la tempestad, ni hubiesen dicho francamente lo que estaban viendo.

Esta excesiva fatuidad de Su Excelencia, unida á sus proyectos extravagantes para restablecer un órden de

cosas que habia cansado al cielo y a la tierra, era intolerable para toda persona sensata y que estuviese enterada de la situacion. Estos humos de fatuidad, que zumbaban a los oidos de Carlos, aumentaban el malestar moral que sentia sin explicárselo y causaban su agitacion.

En el número de los circunstantes se encontraba M. Stryver, el abogado del banco del rey que, estando a punto de llegar a un puesto oficial, desplegaba su elocuencia sobre el susodicho tema, y exponia a Su Excelencia una multitud de planes ingeniosos para exterminar al pueblo, hacerle desaparecer de la faz de la tierra y pasarse en lo sucesivo sin tan detestable polilla; en una palabra, para llegar a la abolicion de las aguilas poniendo un grano de sal sobre la cola de toda la raza. Carlos, que habia llegado al colmo de la indignacion, estaba perplejo entre el deseo de no oír mas y el de quedarse para emitir su parecer, cuando un acontecimiento imprevisto decidió la cuestion.

Tellsone se levantó, dejó sobre el escritorio de M. Lorry una carta sucia y cerrada, y preguntó a nuestro amigo si habia descubierto alguna cosa sobre la persona a quien iba dirigida aquella carta. Carlos, que estaba al lado de M. Lorry, no pudo menos de ver el sobre en el cual se leian estas palabras:

« Urgentísima. Al señor ex-marqués Saint-Evremont, por conducto de los señores Tellsone y compañía, banqueros en Londres. »

El día del casamiento de su hija el doctor habia exigido a M. Darnay la promesa de no revelar su nombre a nadie, a no ser que él le eximiese de esta obligacion imperiosa.

Carlos habia guardado pues el secreto que le impusiera su suegro; la misma Lucia estaba muy lejos de sospechar que su esposo tenia otro apellido, y en igual caso se hallaba M. Lorry.

— Nada, respondió M. Lorry al jefe de la casa. He enseñado esta carta a todos los que vienen aqui, y nadie ha podido decirme el paradero de ese marqués.

Las saeteras del reloj iban a señalar la hora en que se cerraba el despacho, y los aficionados a noticias que se dirigian a la puerta, pasaron junto a M. Lorry que les presentó la carta y les interrogó con la mirada. Su Excelencia, en la persona de aquellos emigrados de lenguaje altanero y conspirador, lanzó una mirada hacia el sobre, y cada cual dijo lo que le pareció acerca del misterioso marqués.

— Creo que es el sobrino, pero en todo caso el indigno heredero de aquel noble distinguido que murió asesinado en su castillo, dijo uno de los que pasaron. Me alegro de no haberle conocido.

— Un cobarde que desertó de su patria hace unos quince años, dijo otro que acababa de llegar de Paris medio ahogado en un carro de heno.

— Infectado de doctrinas filosóficas, añadió otro mirando el sobre al través del lente; hizo una oposicion constante a su tio cuyos bienes ha entregado a la vil canalla. Espero que esos infames le daran el pago que merece.

— ¿Será cierto? dijo Stryver. Quisiera saber el nombre de ese extravagante. Veamos el sobre... ¡Vaya al diablo la filosofia!

Darnay, no pudiendo contenerse mas, puso la mano sobre el hombro del abogado del rey y le dijo:

— Yo conozco a ese extravagante filósofo.

(Se continuará.)

Incendio de la iglesia de la Compañía

EN SANTIAGO DE CHILE.

Como ofrecimos en nuestro número anterior, damos en este un dibujo que representa la horrible catástrofe acaecida en Santiago de Chile. A la hora en que escribimos abundan en nuestras manos los pormenores sobre este espantoso incendio que ha sumido en el luto y la desolacion a tantas familias.

« No hay memoria en Chile de un hecho mas horriblemente trágico, dice el *Ferro-carril*. A las siete de la tarde de ayer (8 de diciembre) el templo de la Compañía contenia en su recinto mas de dos mil almas. Principiaba la funcion cuando se declaró el fuego. No sabemos precisamente cual fué su origen; pero la version mas comun lo atribuye a la ruptura de un gran quemador de gas colocado cerca del altar mayor, a que comunicó el fuego con rapidez nunca vista.

La concurrencia, amagada por el fuego, principió a huir. Las puertas no eran sin embargo suficientes para darle paso. El terror invencible en esos casos se habia apoderado de todos; las puertas se obstruyeron completamente. Una mitad, unas dos terceras partes de la concurrencia habia alcanzado a salir; el resto se agolpaba a los lugares en donde se veia salida. Cuerpo sobre cuerpo se formaba una muralla compacta y numerosa. Habia mujeres que resistian el peso de diez ó doce, otras tendidas encima, a lo largo, a lo atravesado, en todas direcciones. Era materialmente imposible desprender una persona de esa masa compacta y horripilante. Los mas desgarradores lamentos se oían del interior de la iglesia.

Mientras tanto, el fuego habia llegado a la cúpula y tomado proporciones inmensas. En cinco minutos la cúpula despedia bocanadas de fuego por cada uno de sus respiraderos. En un momento no era mas que un in-

menso castillo de fuego y las llamas se comunicaban por la techumbre.

Siguió entonces un cuadro desgarrador. La concurrencia continuaba agolpándose a las puertas, y las puertas no permitian la salida. Cincuenta brazos formidables no bastaban a desprender una infeliz de aquel monton que ya principiaba a recibir los trozos de madera incendiados que se desprendian del entablado.

Presenciamos ese momento, pero renunciamos a describirlo...

Media hora despues ¡oh! ¡jamás habriamos creído ser testigos de una escena mas espantosa! ¡se nos figuraba estar bajo la impresion de una horrible pesadilla! Desgraciadamente era la espantosa realidad que se manifestaba a nuestros ojos con toda su deformidad.

Media hora despues toda la extension comprendida entre la puerta principal y el presbiterio, cubierta de gente, casi todas infelices mujeres, ardia como un extenso lago de fuego. Las llamas se elevaban media vara sobre las cabezas. ¡Oh! ¡aquello no es posible que haya tenido precedente! ¡Centenares de personas ardan como trozos de madera, comprimidos por una fuerza irresistible!...

Veiamos desde la puerta moverse los brazos pidiendo auxilio; los gritos de las victimas resonaban a dos cuadras de distancia. Madres que abrazaban a sus hijas y escondian entre la multitud su cabellera convertida en fuego. Hijas que miraban a sus madres salvadas, inclinando su cabeza con la resignacion del mártir. Las infelices no tenian siquiera la facultad de moverse, desligaban sus manos para despedazarse el rostro en medio de la mas espantosa desesperacion. Si se hubiera hundido la iglesia en esos momentos, ¡cuántos sufrimientos espantosos no se habria evitado!

El fuego llegaba a las puertas. Se hacian esfuerzos sobrehumanos para deshacer la masa de gente que se habia aumentado en ellas. La fatalidad era maldita. Por cada quince minutos se conseguia salvar una persona; pero cada minuto eran diez vidas perdidas irremediablemente, ¡y perdidas en que situacion! ¡A dos varas de la puerta! Hombres robustos y fornidos vimos perecer, arrojados a una de las puertas. Sus fuerzas eran insuficientes para deshacerse de la multitud.

Los árboles de la plazuela fueron cortados por las raíces, y tomados del tronco se extendió su ramaje encima de los infelices que sentian ya las llamas sobre sus cabezas. Un instante y las ramas se habian convertido en ceniza. Se tiraba del tronco, y las infelices quedaban con los ganchos ardiendo entre sus manos.

El fuego dominó la puerta principal. La griteria cesó en un momento. Entre una masa densa de llamas se distinguian cabezas carbonizadas, cabezas que se inclinaban convertidas en tizonas, cuerpos que se movian imperceptiblemente y se desplomaban en seguida. La multitud de las puertas estaba inmovilizada. Estatuas negras arrodilladas conservaban su posicion, pues el movimiento les habia sido imposible...

Todo habia concluido ya. Eran las ocho de la noche y el fuego, dominando las alturas de la iglesia, invadia los campanarios. Un cuarto de hora bastó para que la torre de la derecha desapareciera, convertida en ceniza, del espacio que minutos antes desafiaba con arrogancia. Un momento despues y el campanario habia corrido igual suerte.

Las casas de la vecindad estaban atestadas de cadáveres. Mujeres quemadas hasta la mitad, niños ahogados y que parecian respirar aun el aire de la noche, señoras respetables horriblemente maltratadas. ¡Qué de lamentos llegaban hasta el alma por las calles y por las casas! ¡Cuántos, enloquecidos por el pesar querian precipitarse infructuosamente en las llamas para salvar a los que ya no era posible distinguir de los escombros!

Los carretones de la policia condujeron mas de cincuenta muertos y heridos al hospital ó al cuerpo de policia. Era la parte de las victimas que se habia conseguido extraer de la iglesia. Las que perecieron dentro se calculan en QUINIENTAS. Algunos hacen saber el número hasta MIL.

¿Quién ha cerrado tranquilo sus párpados aun? Toda la poblacion ha pasado la noche en vela. El espanto se pinta aun en todos los semblantes. No hay casa, no hay familia donde no reine la mas cruel inquietud. ¡Desgraciados! Todos han perdido, quién un padre, quién un hermano, quién un fiel servidor.

La catástrofe ha sido horrible. Es preciso haberla presenciado para comprenderla en toda su extension. Bien hubiéramos querido, sin embargo, no haber sido nosotros del número de los testigos. Un recuerdo doloroso se nos presentará por todos los dias de nuestra vida. La impresion es indeleznable.

Centenares de familias buscan todavía a sus miembros entre los escombros, en el hospital, en la policia. Centenares de personas respetables, de matronas ilustres, de tiernas jóvenes no han vuelto aun a sus hogares. Centenares de moribundos no abandonarán el terror que los posee sino cuando hayan abandonado tambien la vida que les es imposible conservar.

¡Oh qué triste espectáculo ofrece la poblacion! ¡Ni cómo disipar el dolor, ni la incertidumbre mil veces mas terrible que la muerte! Trascorriran años de años, pasarán siglos, y Santiago conservará la memoria de tan espantosa desgracia.

No sabemos detalles ni es posible saberlos en el momento de la confusion.

Hemos visitado a última hora el lugar de la catástrofe. Hacinamientos de cadáveres informes en los huecos de las puertas; largas hileras de cuerpos, de pie, perfectamente carbonizados conservan su actitud. Fijos to-

davía los ojos en el cielo, parecen implorar aun la misericordia de Dios.

El incendio principió y terminó en la iglesia. El estrago es, sin embargo, tan enorme que equivaldria a la ruina de la mitad de la poblacion.

El mismo periódico que copia esta relacion del *Ferro-carril*, la *Estrella de Chile*, de donde la tomamos nosotros, pone a continuacion este otro cuadro no menos doloroso y terrible:

« Ha trascurrido un día, y la poblacion de Santiago no sale aun de su estupor.

La realidad ha traspasado con mucho el límite de lo presumible; hasta ayer tarde se habian extraido de la Compañía mas de MIL SEISCIENTOS cadáveres, que agregados a mas de doscientos recogidos anteriormente, forman un total de MIL OCHOCIENTAS victimas. El número pasará de DOS MIL. ¡Desgracia horrenda que no creemos haya tenido precedente en pais alguno del universo!

Santiago amaneció ayer de luto: las familias que habian pasado la noche recorriendo la ciudad en busca de sus allegados, se trasladaban al lugar de la catástrofe para volver con la certidumbre de su desgracia. La iglesia habia sido rodeada de guardias en todas direcciones, tanto para permitir la extraccion de los cadáveres, como para evitar tumultos sin objeto y que no contribuirían sino a hacer mas dificultosa la operacion.

La mitad de las casas de la ciudad se abrieron. En el resto faltaba el dueño, la hija, el hermano. Santiago tendrá sus puertas cerradas en señal de duelo por mucho tiempo. Su desgracia no es para menos: ha perdido una gran parte de sus hijos en el suceso mas espantoso de que se tenga memoria, y con las circunstancias mas horriblemente trágicas.

¡Qué triste y qué desesperante debe ser morir ahogado por las llamas, respirando fuego! ¡Y cuán horrible no es ver desaparecer media ciudad envuelta en las llamas de un incendio!

Si era horrible el espectáculo de la noche en el templo incendiado, mil veces mas horrible lo era en la mañana, cuando la luz matinal manifestaba en sus verdaderas proporciones la realidad con toda su horrorosa desnudez. Murallas carcomidas por la accion del fuego, ennegrecidas por el humo y amenazando desplomarse al menor movimiento; techos humeantes que despedian su último respiro. De otro lado, montones de cadáveres hacinados y ofreciendo un aspecto asqueroso y repelente, corrompidos ya y a medio quemar, obstruian todavía las entradas guardando la posicion que tuvieron al tiempo de morir. Rostros en que el dolor habia dejado sus rastros a pesar del fuego; cuerpos inanimados que parecian amenazar con sus manos crispadas y las facciones de la cara encogidas por el miedo y el horror.

Este era el espectáculo que ofrecian las puertas de la iglesia. Mas al interior se veian grupos de hombres de pie, arrojados a la muralla y guareciéndose con su espesor contra el fuego que se desprendia de las enmaderaciones. Ancianos que se apoyaban aun en sus bastones, cubiertos de harapos, destruidos por el fuego y por el agua; mujeres arrodilladas en actitud suplicante y niños abrazados de su cuello, parecian a lo lejos estatuas de carbon en que sobraba el bello de lo horrible. A seis varas de la puerta lateral de la derecha se veia uno de esos grupos espantosos, formado por mas de ochenta cuerpos humanos clavados en la tierra, en la mas horrible confusion. Mas adentro, en diferentes puntos de la iglesia se observaban iguales grupos, que infundian mayor temor.

Nos cuesta trabajo recordar las innumerables escenas que hemos presenciado.

Los empleados de la policia estaban encargados de la exhumacion. Cada golpe de pala ó barreta era un cadáver carbonizado que se descubria; inmediatamente seguia otro, destrozado por el peso y a medio tostar; en seguida otro aun, asfixiado. La serie era no interrumpida.

Desde las primeras horas de la mañana hasta el caer de la noche ciento sesenta y cuatro carretonadas de cadáveres han sido conducidas al cementerio. Se habia tomado la precaucion de destinar una fosa comun a las victimas del incendio.

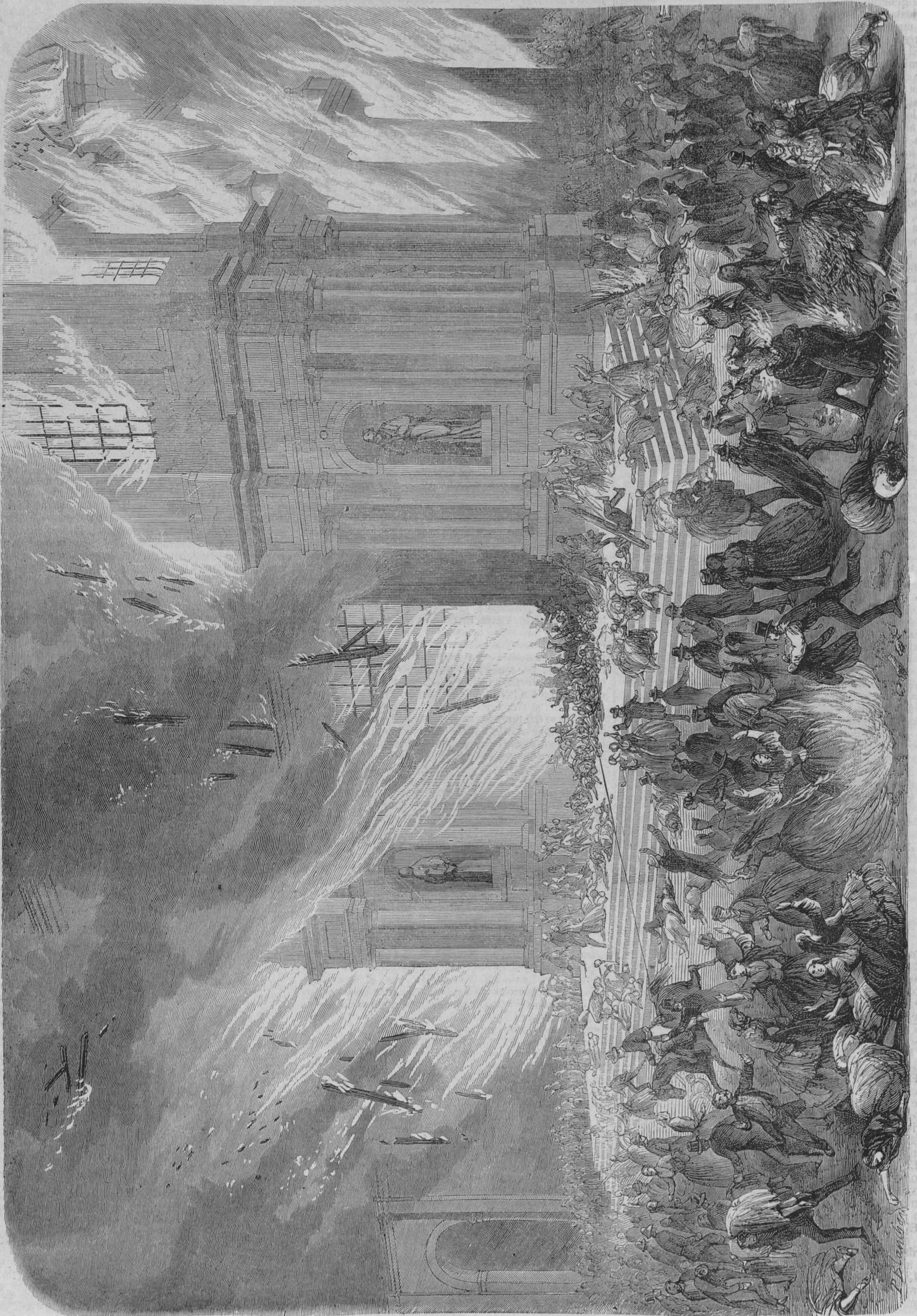
En el cementerio pasaba otra escena no menos triste que las primeras. Al llegar de cada carro una multitud de mujeres se agrupaba en torno para escudriñar los cadáveres y descubrir entre ellos a sus deudos. El trabajo era inútil: los cadáveres, muchos de ellos intactos, eran inencontrables. Uno que otro reconocido, ya por el vestido, ya por las facciones medio destrozadas, fueron separados por sus deudos de la masa comun.

¡Y la desesperacion de las familias! ¡Oh! eso es indescriptible, como la inquietud atroz de que ha sido presa la ciudad entera despues del trágico acontecimiento. Hoy mismo aun se oyen los lamentos de centenares de huérfanos, de centenares de hermanos que ayer crecian llenos de vida y lozanía y yacen hoy reducidos a un puñado de mal formadas cenizas.

Todo ha concluido menos el llanto y la desolacion general. ¡Hay familias diezmadas y familias enteramente perdidas entre los escombros!

Apenas se puede concebir el cómo haya podido realizarse tan espantosa catástrofe. Es necesario haber presenciado el suceso para comprenderlo, y aun así se queda muy lejos de la realidad. Solo la imprudencia y el descuido han podido producir el resultado que hoy lamentan cien mil almas adoloridas, que piden la compasion celeste para las victimas en medio de su delirio.

Los tribunales de justicia, los ministerios, todas las oficinas públicas han cerrado sus puertas, porque el es-



Incondio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile.

Chipre y Pafos.

En un artículo anterior hemos resumido en algunas líneas los resultados generales obtenidos por M. de Vogué en su exploración arqueológica de la isla de Chipre. La importancia científica de este descubrimiento exige los desenvolvimientos que hemos prometido sobre estas curiosas investigaciones.

Ya hemos dicho que los trabajos de excavación no tuvieron en los primeros meses de la estancia de M. de Vogué el mayor éxito; stelas, capiteles, algunas inscripciones griegas, fenicias y chipriotas, hé ahí todo lo que salió a la luz del día de debajo de la tierra. Los pueblos del litoral no aumentaron mucho esta primera cosecha. Las tierras clásicas de la antigüedad, los terrenos arqueológicos tienen también su formación, y para llegar a las capas fenicias ó chiprenses se necesitaba, a costa de grandes esfuerzos, abrir las capas superiores griegas, romanas ó bizantinas bajo las cuales están sepultados los terrenos primitivos. Así se habría debido hacer en Salamis y en Citium. En las poblaciones del interior, como verbigracia, en Athieno, aldea situada cerca de Dali, la antigua Idalium, la cosecha arqueológica se hizo a flor de tierra: en esa llanura angosta cubierta de túmulos donde sin duda se había dado alguna gran batalla, se habían descubierto ya numerosos restos de armas, puntas de flechas, fragmentos de cascos y pedazos de lanzas con caracteres fenicios; una azagaya tenía el nombre de su propietario, Anatho, escrito en fenicio sobre el bronce. De estos preciosos monumentos, el más notable era una tablilla de bronce rectangular con puño de anillo movable y una larga inscripción por ambos lados trazada en caracteres hasta entonces desconocidos, pero que mediante una ingeniosa y sabia combinación, el duque de Luynes puso en paralelo con los letreros de algunas medallas antiguas, y así pudo determinar el alfabeto chiprense.

Dali no engañó tampoco esta vez las esperanzas de los arqueólogos, y en el museo del Louvre se pueden ver dos copias de bronce procedentes de una excavación hecha hace algunos años en aquel mismo sitio. M. de Vogué ha removido de nuevo ese campo, ha abierto un túmulo, ha limpiado una tumba y ha descubierto en crecida cantidad fragmentos de espadas y de armas diversas. En Agios Photis, cerca de Golgos, y en Arsos, las riquezas arqueológicas han sido más abundantes todavía. No se deben buscar las ruinas de las ciudades chipriotas en el sitio de los monumentos antiguos, sino a cierta distancia de estos, y allí, sin que nada señale su presencia sobre el suelo, existen depósitos subterráneos donde están sepultados los restos de la población y de sus santuarios. Es un necrópolis donde han ido a enterrarse los restos mutilados de los monumentos de la arquitectura ó de la estatuaría, tragándose así las obras de todos los siglos: los capiteles, las estatuas, los retratos, los bustos, los bajo-relieves, todo está ahí, pero roto, hecho polvo, mutilado de intento. «Aquí veinte cabezas en un solo agujero, escribía M. de Vogué a M. Renan, dándole cuenta de su misión; allí brazos, torsos; allá ex-voto de la naturaleza más extraña. Es evidente que hubo una época en que rompieron sistemáticamente todas las estatuas y las arrojaron en hoyos abiertos cerca de los templos de donde las sacaron. Probablemente tuvo lugar esta destrucción en el siglo IV, cuando el triunfo definitivo del cristianismo.»

Ya hemos dado en nuestro número 578 algunos de los fragmentos de estatuas y bustos debidos a las excavaciones de M. de Vogué y a las investigaciones arqueológicas de M. Sosthene Grasset, posteriores a las de la misión francesa. Entre estos dibujos el lector habrá observado sin duda tres figurillas estrechadas en sus vestidos como en una vaina, trabajo arcaico, tosco y primitivo, y una Vénus sentada en un *solum* con los brazos sobre las rodillas, una flor en la mano derecha, adornada con un collar de tres hilos de pedrerías, y ceñida su frente con una triple corona de rosas: es la Vénus de Chipre, la diosa que honraban en Pafos en medio del incienso y de las flores:

Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
Læta suas, ubi templum illi, centum que sabæo
Thure calent aræ, sertisque recentibus halant.

Mucha diferencia hay entre esta linda estatuilla y las tres figuritas que la hacen frente en nuestra página. Para que llegue el arte de semejante punto de partida a tales resultados, ha debido sufrir muchas modificaciones, y el culto de la misma diosa no pasó por menores cambios. ¿De dónde procedía aquella divinidad que en sus emigraciones se había detenido en Pafos, punto en que debía encontrar los templos más numerosos, los adoradores más fervientes? Era la Vénus Milita, ó Vénus Urania de los asirios, la que adoraban en la Caldea bajo su doble sexo masculino y femenino, y a la que los chiprenses, los nuevos adeptos de su culto, dieron barba con el cuerpo de una mujer y la estatura de un hombre. No hay que extrañar el culto que tenían a esta beldad barbuda: los panfilios la veneraban mucho también, y los romanos, que aceptaron estas divinidades de todas partes, que hicieron de Roma un vasto panteón de las divinidades de la mitología antigua, y cuyos templos contaban más dioses que adoradores, habían consagrado a la diosa de Chipre, a la *Duplex Amathusia*, estatuas con cara de mujer y barba. La corona de flores y el semblante tan puro de nuestra estatuilla indican que los artistas habían abandonado hacia mucho tiempo ese tipo primitivo y bárbaro de la Vénus con barba larga.

Comparando unas con otras las cuatro Vénus a que nos referimos, parece que se tocan con el dedo las diferencias, las épocas de aquel arte chipriota en el que se fundieron casi todos los estilos del Oriente y de la Grecia. En los bustos que hemos reproducido, preciosa colección que contiene en sí muchos problemas de arqueología y de historia, se manifiestan las obras más diversas marcadas con su carácter especial. En esas cabezas de Júpiter, de Hércules y de Apolo, se puede reconocer el arte egipcio-asiático, el arte griego en su arcaísmo, en su pureza, en su degenerescencia cuando el arte romano se introduce en él corrompiéndole con su mal gusto.

Colocada como estaba en el fondo del Mediterráneo, enfrente de la costa de Siria, en el camino de Egipto al Asia Menor, del Egipto a las islas de la Grecia y de la península helénica, Chipre sufrió sucesivamente la dominación oriental, siria, egipcia y griega, y recibió todas las influencias; allí más que en ninguna parte del mundo antiguo las costumbres, las religiones, las lenguas, las artes de la antigüedad debieron llegar a esa fusión que da tanto interés al estudio de los monumentos chiprenses.

Los problemas asentados están; ante todo, se trata de determinar la lengua. Hasta entonces había pocas inscripciones. Hemos mencionado los letreros de las medallas, los de la placa de Dali, una de las piezas más curiosas de la magnífica colección de medallas y antigüedades que la Biblioteca imperial de París debe a la munificencia del señor duque de Luynes: la inscripción monumental de Koukla, grabada en grandes caracteres sobre una baldosa, y la que descubrió M. Pierides en la gruta sepulcral de *Alonia-Tou-Episcopou*, hé ahí todo ó casi todo lo que la ciencia filológica tenía a su disposición. Las investigaciones de M. de Vogué han aumentado considerablemente esta colección epigráfica y suministrado a los hombres doctos elementos más numerosos y seguros para sus estudios especiales. No dudamos que la ciencia los aprovechará con gloria. Ya ha determinado la naturaleza del alfabeto chiprense, de esa escritura que no puede ser ni griega ni semítica, en la cual algunas letras se parecen al liciano, otras al fenicio, y en fin, donde veinte y siete de cuarenta y cinco que componen el alfabeto, recuerdan los caracteres egipcios geroglíficos, y sobre todo geráticos. Venga una inscripción bilingüe importante, y entonces se desvanecerán las dificultades, y la lengua chiprense entrará a su vez en el conjunto de idiomas a cuyo beneficio se hará un día toda una historia ignorada, pero que parece salir de sus tinieblas, la del antiguo Oriente.

Algo tenemos ya con la inscripción bilingüe sacada a luz por M. de Vogué en Athieno. Por un lado dos palabras griegas, y por el otro siete letras chiprenses que son sin duda la traducción del griego. Arquimedes no pedía más que un punto de apoyo para levantar el mundo: hé ahí dos palabras para levantar una lengua, y luego toda una literatura cuando vengan los textos; es poco en verdad, y no pensamos que nuestros Arquimedes filólogos se contenten con esos dos puntos para sacarnos de dudas.

M. de Vogué ha tenido más suerte con las inscripciones griegas, pues ha podido descubrir en ellas nombres de magistrados y de artistas. En dos inscripciones fenicias ha leído nombres nuevos de reyes. Curiosa serie egípcia cuyo conocimiento, dice M. de Vogué, desgarrará el velo que cubre la historia de las poblaciones fenicias independientes antes de la conquista de Tolomeo.

No concluiremos este artículo sin señalar uno de los más preciosos resultados de la exploración de M. de Vogué: el descubrimiento del jarrón de Amatonta, el monumento más bello del arte chiprense arcaico, magnífico *dolium* de una sola pieza con cuatro asas esculpidas y que tiene un diámetro de 3 metros 70 centímetros. Con los medios de que disponía el *Prométhée*, aviso de vapor puesto a las órdenes de M. de Vogué en su exploración científica a la isla de Chipre, era imposible recoger a bordo ese jarrón gigantesco. M. de Vogué, después de haber tomado posesión de él en nombre de la Francia, le hizo cercar con una tapia como una propiedad nacional; ignoramos si se han tomado medidas para embarcarlo, y si el museo del Louvre puede abrigar la esperanza de colocar un día el jarrón de Amatonta en medio de su curiosa colección de antigüedades chiprenses, donde vendrá a ser el monumento más importante.

H. L.

El corredor de playa.

(Continuación.)

De repente, y cuando lo esperaba menos, acentos inarticulados llegaron a sus oídos: ocultóse vivamente y murmuró:

— Ya viene y viene de buen humor. Me alegro.

Los ecos de una voz dulce se acercaron más y más, y en breve el hombre escondido pudo escuchar la cadencia y la letra de la canción. Una expresión rencorosa contrajo no obstante su rostro al escuchar la siguiente copla:

Te embarcaste para Islandia,
Huiste de tu país...
Marinero, marinero,
Tu casa te aguarda aquí,

Y tu amada que al altar
Debes tierno conducir,
Vuelve, vuelve que aquí todos
Lloran por tí.

— ¡Siempre la misma canción! ¿esperará en efecto a alguno?... ¡Bah! no sé lo que me digo. La navegación con Islandia está interrumpida, y esa canción es una de tantas como ha hecho nuestro maestro de escuela; vivirá en mi casa y será mi mujer.

Y disponiéndose a presentarse a la joven, descendió por el lado opuesto, dió la vuelta a la montaña y apareció en el mismo sitio por donde pasaba Bella con su asno.

— ¡El corredor! exclamó la joven estremeciéndose. Pero Ko, ¿os empeñáis en matar a las gentes de miedo? ¿Por dónde habéis venido que no os he visto llegar?

— Por entre las dunas; me dirigía a Hooge, oi vuestra dulce y armoniosa voz, y el corazón palpité de alegría y... ¡si vos supierais, Bella!

— ¿Porqué? ¿habéis hecho alguna gran pesca! sería extraño, la mar hace algún tiempo que está como si la hubieran barrido.

— ¡Ah! Bella, dijo Ko cruzando sus manos, yo quisiera preguntaros algo.

— Pues hablad, pero pronto, no me entretengais mucho; no puedo perder tiempo; y como su asno echase una carrerilla hacia adelante, la joven echó a correr detrás siguiéndola Ko con expresión de despecho; así que la joven volvió su rostro, la sonrisa animó de nuevo el del corredor.

— Con que vamos, ¿qué queriais? preguntó Bella.

— ¿No os enfadareis conmigo? preguntó tímidamente Ko; si supiera que habiais de decirme que no, creo que me arrojaría al mar y me iría hasta un sitio de donde no fuera posible salir.

— Me asustais, murmuró la joven con visible inquietud; ¿os ha sucedido alguna desgracia? ¿porqué estais tan conmovido?

— No, Bella; más de lo que voy a preguntaros depende la dicha de toda mi vida.

— Pero si no lo acabais de decir no sabré nunca qué es lo que queréis. ¿Es cosa tan terrible que no os atrevéis a decírmela?

El adelantó algunos pasos, y con acento temeroso y suplicante murmuró:

— Bella, esta noche he tenido un sueño que las lágrimas acuden a mis ojos al recordar que no es verdad.

— En efecto, estais muy turbado, repuso la joven con interés; ¿qué puedo yo hacer por vos?

— Escuchad, Bella, lo que yo he soñado. Estaba en la iglesia delante del altar, y a mi lado estaba una joven como una estatua, con ojos negros, megillas sonrosadas, y tan hermosa que se pierde el juicio al contemplarla. Erais vos, Bella.

— ¡Yo! ¡Jesus, qué cosas tan extrañas soñais!

— Sí, vos, Bella; vos que me dabais vuestro consentimiento, y la bendición del cura nos hacia marido y mujer. No lo creereis, Bella, pero era yo tan dichoso, que al despertar empecé a llorar como un niño, porque no era cierto.

— Vaya, exclamó la joven con enojo, os habéis atrevido a soñar que yo era vuestra mujer. Habéis hecho mal, Ko; pero a Dios gracias los sueños son sueños.

— ¿Creéis, Bella, que no seriais tan feliz conmigo como con otro?

— No sé; pero no quiero que nadie sueñe conmigo.

— Y sin embargo, ¿qué vida de dicha nos aguardaba! Yo tengo dinero, Bella; os compraría ricos vestidos, seriais señora en una casa a vuestro gusto, y no trabajarais más que en aquello que os agradara. ¡Ah! yo haría que todas las aldeanas de Adinkerke os tuvieran envidia.

La joven le miró frente a frente durante unos instantes, y después, lanzando una carcajada, prosiguió:

— ¡Pobre Ko! ¿Quién os ha trastornado el juicio? Pero esa es una broma para entreteneros. ¡Casarme, yo! No me casaré, aunque un rey viniera a pedirme en matrimonio; ¿olvidais, Ko, que mi padre es viejo y ciego, y que no tiene a nadie más que a mí sobre la tierra para cuidarle? Vaya, no hablemos de esas tonterías y apretemos el paso.

Ko, siguiendo a la joven, se disponía a echar mano de todos los recursos para convencerla de que sería la mujer más dichosa de Adinkerke, cuando Bella, aterrada, detuvo su cabalgadura con una sacudida violenta, levantó los ojos al cielo y lanzó un grito de angustia.

— ¿Qué hay? ¿qué os pasa? preguntó Ko estupefacto.

— ¡Allí, allí! exclamó Bella; ¡sangre! ¡Un hombre! ¡Un cadáver!

Y señaló con mano trémula un cuerpo humano tendido al pie de una duna. Sin duda el cráneo de aquel infeliz estaba destrozado, porque sus cabellos estaban empapados en sangre, y junto a su hombro una mancha roja coloreaba el suelo. Sus vestidos estaban destrozados, y en torno suyo la arena muy movida, como si en las últimas convulsiones de la agonía se hubiera defendido enérgicamente con manos y piés.

— ¿Vedid, Bella, dijo Ko; veremos qué es eso.

La joven le siguió con paso trémulo.

— ¡Pobre hombre! suspiró. Lavadle la cabeza, Ko, puede que viva aun.

— En breve lo sabremos, dijo Ko con extraña sonrisa. Y arrastrando el cadáver por los piés, le dejó caer de golpe: un estremecimiento de horror agitó a la joven.

— Está bien muerto, dijo el corredor; siente ni más

ni menos que una piedra: ¿quién habrá traído á este mozo entre las dunas? Y es jóven... y debe ser rico, porque ved, su traje es de paño fino y tiene encajes en la camisa.

Y á estas frases se bajó, y con ansia devoradora registró los bolsillos del muerto.

— ¿Qué haceis? exclamó horrorizada la jóven; ¿buscáis dinero sobre un cadáver?

— Es siempre lo primero que se hace.

— ¿Y guardaríais ese dinero?

— ¿Porqué no, si nadie lo reclamaba? ¿para qué le quiere el muerto?

— ¡Qué horror! ¡pensais en el dinero ante una desgracia tan horrible!

— Mi compasion no le ha de resucitar, prosiguió Ko sin suspender su registro. Le habrán asesinado algunos ladrones, porque no encuentro ni un oclavo sobre él.

Y deslizando su mano hasta el pecho del cadáver, añadió:

— ¡Ah! ya tropiezo con algo: un reló sin duda, pero está unido á una cadena que no quiere ceder.

Por el esfuerzo que hizo para romper la cadena pasada al cuello del infeliz, el cadáver levantó el brazo por un movimiento convulsivo, y Ko retrocedió tres pasos.

— ¡Vive, vive! exclamó Bella con trasporte.

Y se arrojó junto á aquel cuerpo inerte, pronunciando palabras de cariño y compasion.

— Quitad, Bella, repuso Ko; ya veis que no hay esperanza. Esa era sin duda la última convulsion: no manchéis inútilmente vuestro pañuelo por limpiar su rostro. Id á la playa y decid á los pescadores que han asesinado á un hombre, que vengan: yo me quedaré aquí entre tanto.

— ¡Agua, agua! murmuraba la jóven.

— Agua... ¿para qué? No ha de resucitar porque le laveis el rostro.

La jóven fijó en él una mirada de indignacion y dijo:

— ¿No teneis alma? Id á buscar agua y no riáis así; ¡me dáis horror!

Habia en el acento de la jóven tal imperio, y en su mirada tanta energía, que Ko se dispuso á obedecerla.

— Allí, prosiguió la jóven, detrás de esa duna mas elevada teneis un lago... ¡corred, corred!

— ¿Pero dónde quereis que la traiga?

— En el sombrero; ya debíais estar de vuelta.

El vagabundo se dirigió al sitio designado, pero con tal lentitud, que la jóven se consumía de impaciencia.

Mientras la ausencia de Ko, el pecho del herido se levantó con un gemido prolongado.

Bella levantó al cielo los ojos con gratitud.

— ¡Ya voy! exclamaba de lejos Ko. Ya llevo el agua que será inútil.

— ¡Corred, corred! gritó la jóven; ¡respira, vive!

Y como si esta nueva no agradase al poco complaciente Jacob, fué acortando visiblemente el paso.

Bella entonces corrió al encuentro de Ko, le arrancó el sombrero de las manos, volvió junto al cuerpo inanimado y lavó con su mismo pañuelo empapado en agua el rostro del herido.

— ¡Bah! todo es en vano: que muera ahora ó que muera dentro de un rato, todo es morir. Tocad sobre su pecho á ver si encontrais una cadena... quizá es de oro.

Pero la jóven, completamente absorbita en su obra de caridad, no escuchó tan terribles palabras.

Ko examinó entonces el rostro del herido y exclamó:

— Y debía ser muy jóven; en vida fué sin duda un lucido mancebo que no debía trabajar, porque sus manos están blancas como las de una dama.

— ¡Ah! respira, vuelve á la vida, dijo Bella.

En efecto, el herido hizo algun movimiento y fué respirando, aunque con dificultad. Despues de una inmovilidad de corta duracion abrió sus párpados, miró en torno suyo con asombro, y murmuró algunas palabras incomprensibles.

— ¿Qué dice? preguntó la jóven; escuchadle Ko, yo no le entiendo.

— ¡Calle! pues si es un francés, refunfuñó Ko. Si yo estuviera en vuestro lugar, no me cuidaría mas de él.

— ¡No se os puede oír! exclamó Bella con indignacion; francés ó alemán, ¿no son todos los hombres hermanos en el mundo? ¿Vos tambien no sois francés?

— Yo no sé á punto fijo de donde soy.

— Pero ¿qué dice este infeliz? ¿No entendeis vos el francés?

— No dice mas que asesinos y cadalso. Se habrá escapado de la guillotina, y á fe que no ha ganado gran cosa.

— ¡Huid, huid! murmuraba el herido con ronco acento, ¡padre, padre, están ahí!

— Ahora habla alemán, dijo Bella con interés; y el pobre se conoce que aun tiene padre.

Y este solo pensamiento arrancó á la jóven abundante llanto.

De repente secó sus ojos y dijo á Jacob:

— Este hombre no puede quedarse aquí; es preciso llevarle á casa.

— ¿Creéis, sin duda, que voy yo á cargar con él? repuso Ko mal humorado.

— No tal; le colocaremos sobre el asno y le sosten-dremos en equilibrio, vos por un lado y yo por otro.

— Y vuestro padre, Bella, ¿creéis que recibirá á un extranjero?

— Mi padre no es tan despiadado como vos. ¡Ah! yo no sabía que teníais tan poco amor al prójimo. Venid, ayudadme, y si no quereis, yo trataré de hacer sola lo que mi corazon me inspire.

— No por cierto, estoy pronto.

Y al decir esto se acercó á tomar la cabeza del herido, llevando involuntariamente su mano hacia el objeto que habia despertado su curiosidad.

— Acabemos, replicó Bella. Respetad la desgracia de este hombre, si no quereis hacerme creer que sois capaz de tomar lo que no os pertenece.

— Yo tomar lo que perteneciera á uno que vive aun, repuso Jacob levantando fieramente la cabeza. Antes me cortaría los dedos con mis propios dientes.

La jóven habia cogido el cuerpo con sus brazos levantándole casi totalmente de tierra. Ko notó con sorpresa que la jóven tenia fuerza para soportar tan pesada carga, y tomando entonces al jóven por las piernas, le colocaron sobre el cuadrúpedo exclamando Bella:

— Ahora iremos muy despacio.

El herido estaba sentado sobre el asno con su cabeza caída sobre el pecho; pero sus ojos estaban abiertos, y en su mirada fija en el espacio como la de un insensato, se pintaba una expresion de terror; era evidente que no habia recobrado el conocimiento, ni sabia lo que le pasaba, porque sus labios se movian con rapidez pronunciando frases incomprensibles la mayor parte.

Ko escuchaba: algunas palabras del herido habian llamado tanto su atencion, que caminaba al lado de él sosteniéndole al parecer, pero en realidad aplicando el oido lo mas cerca posible á su boca para sorprender su secreto; su trabajo fué inútil: el herido hablaba de cadalso y de su hermana; pero sus frases carecian de hilacion, siendo imposible penetrar el sentido de ellas.

Cuando él se interrumpia, Bella le dirigia las palabras mas tiernas que podia inspirar la caridad. Le aseguraba una pronta curacion, y le hablaba de su padre cuya bondad tendria ocasion de conocer en breve.

Diferentes veces Ko habia tratado de reanudar la conversacion interrumpida por aquel encuentro. Persuadido de que este era el medio mejor de conquistar á la jóven, hablaba con énfasis de su dinero, de los trajes que tendria y de las comodidades de la vida; pero Bella, que la irritaban planes tan lisonjeros en momento tan triste, no se cuidaba de responderle.

El triste cortejo avanzaba lentamente, y mostrándose algo mas servicial Ko, llegaron sin interrupcion alguna ante la casa del viejo Stock.

— Ayudadme ahora, Ko, dijo Bella tratando de desmontar al herido.

— ¡Eh, padre Stock! exclamó gritando Jacob, no os asusteis, os traemos un hombre que se muere.

— Mi padre no está en casa, dijo la jóven sosteniendo con ayuda de Ko al herido; iré á buscarle en casa de mi tia en cuanto hayamos colocado á este infeliz en la cama.

— ¡Qué tontería! ¿En la cama un cuerpo ensangrentado?... bonita se pondrá toda la ropa.

— Ya la lavaré.

— ¿Y vais á dejarle vuestro propio lecho, Bella?

— Ya veis que no es justo echar á mi padre del suyo.

— ¿Y vos, Bella, y vos?

— Yo... ya veremos. Allí está el tablado en que dormia el tio Luis antes de marcharse. Así, poquito á poco.

Ahora dejad descansar la cabeza en la almohada... ¡pobrecillo! parece que sonrie con gratitud.

— No, se rie como un insensato. Estad cierta que no hace mas que divagar en la agonía: ó mucho me equivoco, ó no vive mas de una hora.

— Ahora corro á casa de mi tia Clara, interrumpió la jóven; quedaos aquí junto al enfermo: ¿os quedais, no es verdad? y si pide de beber, allí teneis el cantaró.

Ya iba á salir de la casa, cuando dirigiendo una última mirada al herido, vió á Jacob inclinado de nuevo sobre su pecho. Lanzó un grito comprimido y se detuvo.

— ¡Calle! repuso Ko, ¿qué! ¿no vais?

— He pensado... he pensado que vos debíais ir á llamar á mi padre; el estado de este infeliz me inspira tal interés, que no me atrevo á separarme de él un instante.

— Cualquiera diria que temeis que yo le haga algun mal.

— No; pero los hombres sois menos compasivos y no sabeis cuidar á los enfermos. Id, Ko, no me negueis este favor; os quedaré eternamente reconocida, y mas adelante trataré tambien de complaceros.

— Hé ahí el medio de que no se os rehuse nada, repuso Ko frotándose las manos. Espero, Bella, que recordareis esa promesa en tiempo oportuno.

Y salió rápidamente, mientras la jóven, sentada junto al lecho del herido, contemplaba á este con interés: tomó su mano, le dirigió frases de consuelo, y despues acercó una taza de agua á sus labios. El enfermo debia estar acometido de sed devoradora, porque bebió con ansiedad el agua que acercaron á sus labios.

— ¡Basta, basta! amigo mio, repuso Bella al ver que él queria seguir bebiendo. Dentro de un rato os volveré á dar; ahora descansad, aguardad que venga mi padre, y se irá á buscar un médico. Todos rogaremos á Dios que os devuelva la salud. ¿Porqué me mirais así? ¿qué quereis decirme?

Bella habia dejado caer de nuevo la cabeza del herido sobre las almohadas, y quizá la impresion de frio del agua le habia hecho recobrar el conocimiento, porque consideraba á la jóven con mirada inteligente y una sonrisa llena de gratitud y dulzura. La jóven estaba de pié á su lado, trémula, conmovida, y como si no pudiera soportar el fulgor de aquella mirada, inclinaba la cabeza mientras su espíritu se elevaba al cielo en accion de súplica. Pero por desgracia su pensamiento no se realizó: el herido dejó escapar un profundo suspiro, sus labios volvieron á balbucear frases confusas,

y sus ojos recobraron de nuevo su mirada cristalizada.

Algunas lágrimas asomaron á los ojos de la jóven, que cruzando sus manos, comenzó á orar. En breve escuchó fuera la voz de su tia Clara, y bajó los escalones que la separaban de la primera pieza para correr al encuentro de su padre. Sin fijar su atencion en las preguntas de su tia ni en los frios reproches del corredor de playa, tomó el brazo del anciano y conduciéndole á la cabaña, dijo:

— ¡Padre, venid, venid! ya os habrá dicho Ko que hemos encontrado un infeliz casi muerto entre las dunas: le he colocado en mi lecho. ¡Ah, si Dios permitiese que curase!

— Bella, Bella, refunfuñó la anciana; introducir en casa un extranjero, un francés, un republicano acaso.

— Es un hombre, tia, y esto basta, replicó la jóven con candor; ¿no es verdad, padre, que todo lo que puede agradar á Dios está bien hecho?

El ciego abrazó á su hija y repuso:

— Deja hablar á la tia, hija mia; lee esta noche el Nuevo Testamento, y veras como el mismo Salvador te manda hacer lo que has hecho.

— Venid, padre, dijo la jóven conduciendo al anciano á su cuarto: es un jóven de fisonomia tan dulce... dadle vuestra bendicion, padre mio, y Dios tendrá piedad de él.

La tia Clara contempló un instante las facciones del herido, y despues sus ojos se llenaron de lágrimas, y casi sollozando murmuró:

— ¡Pobre jóven! pronto, pronto á Furnes á buscar un médico. ¡Ah! si yo pudiera correr como en otro tiempo... Ko, vos teneis buenas piernas; corred á Furnes, yo os lo ruego, traed un médico y os lo agradeceré, y Dios os lo recompensará.

— ¡Correr! ¡Es casi á una legua de aquí! pues no faltaba mas... en fin, haré lo que pueda; pero tened entendido, señora Clara, que yo he descubierto á ese hombre al mismo tiempo que Bella, y que si llega á morir y queda algo para los que le han recogido, me corresponde la mitad.

— ¡Oh, cuanta dilacion! exclamó Bella echando un pañuelo sobre sus hombros. Yo misma iré, no ha de faltarme la fuerza para ir á Furnes; que Ko venda los langostinos por mí; y en cuanto á vos, querida tia, cuidad á ese infeliz hasta mi vuelta. ¡Hasta luego, hasta luego!

Y al terminar estas palabras partió como un rayo dirigiéndose por montes y valles en direccion de Adinkerke.

III.

Habrian pasado dos horas apenas, y ya Bella regresaba por las dunas en compañía de un médico.

Era este hombre de alguna edad, y cuyo rostro digno y tranquilo respiraba bondad.

— ¿Cómo va el enfermo? preguntó Bella á su tia, á quien apercebia en la puerta de la cabaña.

— Ni peor ni mejor, replicó la anciana. La única novedad es que delira.

— Hé aquí á M. Darings, el médico; ¡pasad, señor!

El médico siguió á ambas hasta la estancia donde reposaba el herido. Empezó á examinar á este, y mientras duró el reconocimiento, la jóven seguia con ansiedad todas las impresiones de su rostro. El médico, por fin, se volvió á ella y repuso:

— Salid de aquí, hija mia; vuestro corazon es demasiado sensible, y además vuestra presencia nos estorbaria.

— Me iré, señor... pero decidme al menos algo que me consuele. Bien conozco su gravedad; pero ¿no habrá esperanza de salvarle?

— No puedo afirmar nada aun, hija mia; bajad al lado de vuestro padre: vuestra tia me ayudará.

Bella bajó con desaliento sentándose al lado del anciano.

— ¿Qué hay de nuevo, Bella? repuso este.

— ¡Ah! ¡nada todavía! pero el médico movia tristemente la cabeza. Si ese pobre jóven muriese, ¡qué terrible desgracia! ¿no es verdad?

— Cierto, cierto; sin embargo, si Dios ha dispuesto de su vida...

— ¡No, padre mio, no habléis así! M. Darings es un hombre muy hábil y le salvará.

— Bella, ¿porqué esa voz tan conmovida? ¿lloras? dijo el anciano con aire de reconvenccion. Ese hombre es muy desgraciado, y llenaremos con él los deberes de cristianos; pero en todo hay limite, hija mia, y ni aun la compasion debe exagerarse.

— Teneis razon, padre; pero como he sido yo quien le ha encontrado moribundo...

— Ko le ha encontrado tambien.

— ¿Y qué importa, si ese hombre no tiene corazon? Sin mí, ese infeliz hubiera perecido; si cura, yo habré salvado la vida de un hombre: ¿no comprendéis, padre, que esta idea debe conmovirme?

— Sí, hija mia.

— Además, en su delirio llama á su padre, un padre anciano... ¡me horrorizo á la idea de la desesperacion que tendrá ese infeliz si sucumbe aquí su hijo!

— Calla, calla, Bella; ¡me haceis temblar! Sé razonable; si fueras tú á caer mala tambien...

— No temais por mí, padre; recordad aquellas palabras que dicen: « Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia. »

— Dices bien; así habló el Señor.

Y hubo un momento de silencio. La jóven, que escu-

chaba con ansiedad, oyó algunos gemidos dolorosos: sin duda el médico sondeaba la herida.

— Hablemos, murmuró el anciano: esto nos distraerá: dice la tía Clara que es un joven.... ¿qué edad crees tú que tenga, hija mía?

— Unos veinte y cinco años.

— Y añade que lleva lienzo fino y vestidos buenos; sin duda es un hombre rico, y según dice tu tía sus facciones respiran un aire de nobleza como si perteneciera a una casa ilustre.

— Cierto, padre mio; si le viérais no podríais menos de conmoveros.

— Mientras tú has ido a buscar al médico, he querido escuchar lo que decía en su delirio: nombra repetidas veces el cadalso, habla de su padre y de su hermana, y los llama con inquietud, como si quisiera preservarlos de un gran peligro.

— ¡Cuánto se detiene el médico! repuso la joven sin prestar atención a las últimas palabras de su padre. ¡Ah!... ¡por fin! Hé aquí a M. Darings, añadió Bella corriendo al encuentro del médico. Y bien, señor, ¿no hay esperanza?

El doctor, tomando la mano de la joven, dijo:

— Vuestra compasión es un sentimiento digno y cristiano, pero vuestro pecho me hace creer que en vez de un enfermo voy a tener que asistir a dos. Es preciso que trateis de reponeros, tanto mas que he encontrado al enfermo menos grave de lo que al pronto me pareció.

— ¡Bendito sea Dios!... murmuró la joven elevando al cielo sus ojos.

— Sus heridas, porque tiene varias, no son profundas, y el cráneo ha sufrido poco: su brazo izquierdo está fracturado; pero eso no es difícil de curar; es cuestión de tiempo.

— ¡Ah, padre mio! ¡no morirá, no morirá! dijo la joven con acento delirante.

— No podemos cantar victoria todavía, interrumpió la anciana que entraba con un lío de trapos y vendas; aun no ha pasado el peligro.

— En efecto, repuso el médico; el herido tiene fiebre y cae con frecuencia en el delirio. Si solo una grande impresión ha trastornado sus sentidos, estamos bien, porque sus heridas no son peligrosas; pero si el delirio es efecto de golpes recibidos en la cabeza, su estado puede ser comprometido... por eso necesitamos algunos días de observación. ¿Palideceis de nuevo? vamos, hija mía, una joven como vos debe tener imperio sobre sí misma.

Y disponiéndose a partir, prosiguió:

— Adios, amigos míos; he dejado mis instrucciones a esta buena mujer; si su agitación aumenta, hareis beber al herido unas gotas de este frasquito mezcladas en un vaso de agua, y la fiebre se calmará. Yo volveré mañana; pero si su estado se agravase enviadme a buscar. Ahora me pasaré a decir al cura de Adinkerke que venga a ver al herido, y entre tanto, no os recomiendo mas que silencio; quietud es lo principal que necesita.

Y cuando ya estaba casi en la puerta, como si le ocurriera una idea repentina, volvióse al anciano, tomó su mano y le dijo:

— ¿Vos sois el dueño de esta casa? quisiera deciros algunas palabras a vos solo: ¿quereis acompañarme hasta la puerta?

Bella y la tía Clara miraron al médico con sorpresa y terror. Esta conversacion secreta les parecia un triste presagio.

Fuera de la casa ya el doctor y el ciego, dijo el primero al segundo:

— Vais a tener en vuestra casa durante algunos días, durante algunas semanas quizás, a un desgraciado: ¿consentis de buen grado en ello?

— Que permanezca todo el tiempo que necesite, repuso el padre Stock. Si Dios permite que cure, nos creemos harto recompensados por nuestra buena acción.

— No lo dudo, replicó el doctor, pero vos sabeis sin duda cómo están los negocios en Francia, y sobre todo en la Flandes francesa. Allí son perseguidos los realistas y los nobles en general: ignoramos quién es el desgraciado que está en esa cama; tan pronto habla francés

— Decís bien, señor; se hará como vos decís.

— Hasta mañana, amigo mio.

— Dios os guarde, señor.

— ¡Padre, padre! ¿qué os ha dicho M. Darings? preguntó Bella con inquietud.

— Vuestra conversacion nos ha hecho temblar, replicó la tía Clara.

— Os alarmais sin motivo: no queria hablarme de la enfermedad de nuestro joven. Su única intencion era convencerme de que no debíamos hablar a nadie de este triste suceso hasta que sepamos quién es ese extranjero: los tiempos son peligrosos; hay personas que solo salvan su vida escondiéndose; pudiera ser nuestro herido uno de ellos.

— ¡Oh! si, si: ¿lo ois, tía mía? no habéis nada de ello a nuestros vecinos.

— No parece sino que yo soy una charlatana, replicó enojada la anciana.

— Y Ko que se ha enterado, ¿cómo le haremos callar, él que goza en contarlo todo a todo el mundo?

— Yo me encargo de él, repuso la tía; poseo un medio infalible para que sea discreto. Bella tendría aun mas imperio sobre él si quisiera darle alguna esperanza.... ¿no me escuchais, Bella? El enfermo debe dormir.... el mismo médico le ha dado un calmante.

— ¡Ah! parecia que habia llamado; é iba a ver.

— Sobrina mía, dejadle tranquilo: ya sabeis lo que nos acaban de decir. Ahora

lo que interesa es ponernos de acuerdo a fin de decir todos lo mismo: esto tambien es velar por el enfermo. Además, es preciso pensar en alternar para cuidarle.

— No os ocupeis de eso, tía mía; yo no me he de separar de él en toda la tarde.

— ¿Y por la noche, Bella?

— ¿Creéis que tendré sueño habiendo a mi lado una persona que sufre?

— No importa; tu tía tiene razon, dijo el anciano. Dios sabe cuántos días deberá guardar cama el enfermo, y yo no puedo permitir que tú expongas tu salud; aceptamos vuestro auxilio, hermana.

— Pues hé aquí cómo nos arreglaremos: ahora voy a mi casa a lavar un poco de ropa y dejar arreglado el cuarto. Despues vuelvo para que Bella haga otro tanto; por la noche yo velaré hasta las doce, mientras vos dormis.

(Se continuará.)



Plattino de un jarro italiano del siglo XVI.

como alemán; así pues, debemos creer es de la frontera, quizá un hombre que se ha sustraído a persecuciones de la república, y que si supieran dónde se oculta no lo pasaría bien. Creo que obrareis prudentemente hablando lo menos posible de este suceso: entre tanto que él recobra la razon, recomendad a todos el mismo silencio, y yo por mi parte se le encargaré al señor cura.

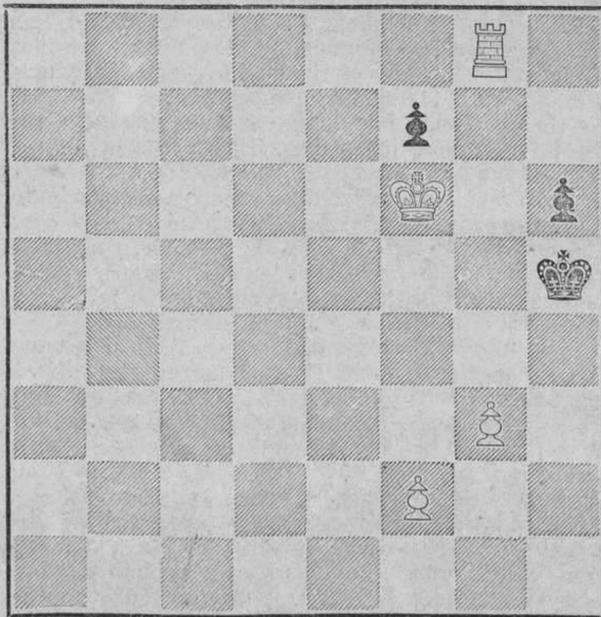
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 100

- | | |
|----------------------------|-------------------|
| 1 C 5ª A | R casilla del C |
| 2 R 7ª Ra | R casilla de la T |
| 3 C 6ª T | P come T |
| 4 R 7ª A | P un paso |
| 5 P un paso jaque | R 2ª T |
| 6 P un paso hace Rª jaque | R 3ª T |
| 7 Ra 6ª ó 7ª T jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 101, POR M. DO.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Plattino de un jarro italiano del siglo XVI.

Damos en esta página una preciosidad artística, el plattino de un jarro italiano del siglo XVI, dibujo tomado de la *Gaceta de Bellas Artes*. Esta revista es una publicación de las mas notables. Apenas cuenta cinco años de existencia, y ha estampado ya en sus columnas mas de mil grabados en madera que representan cuadros, esculturas, aguas fuertes, dibujos de grandes maestros, monumentos de arquitectura, medallas, jarrones griegos, marfiles, esmaltes, armas antiguas, objetos de platería, encuadernaciones y curiosidades de mil géneros. Además, ciento veinte grabados al agua fuerte ó al buril tirados aparte, reproducen los principales objetos de que se trata en el texto. Entre sus redactores figuran los hombres mas competentes que hay en Francia para tratar las cuestiones artísticas. Nuestro dibujo puede dar una idea del mérito de las obras que ofrece al público la *Gaceta de Bellas Artes* de París, que figura hoy en primera línea entre las publicaciones de su índole.

A. D.

ADVERTENCIA.

La *Revista de la Moda* correspondiente al figurin que acompaña a este número, la hallarán nuestros suscritores en el número 582.